The Library
of the
University of North Carolina

Endowed by The Dialectic
and
Philanthropic Societies

862.8
T255
v.211

a 00002 64641 7

UNIVERSITY OF NORTH CAROLINA
PROPERTY OF
AT CHAPEL HILL

PQ6217
.T44
v.211
n.1-22

THE LIBRARY OF THE
UNIVERSITY OF
NORTH CAROLINA
AT CHAPEL HILL

ENDOWED BY THE
DIALECTIC AND PHILANTHROPIC
SOCIETIES

BUILDING USE ONLY

PQ6217
.T44
v. 211
n. 1-22

Digitized by the Internet Archive
in 2012 with funding from
University of North Carolina at Chapel Hill

http://archive.org/details/figuritasdecerac2111garc

FRANCISCO GARCIA PACHECO y LUIS GRAJALES

4067

Figuritas de cera

COMEDIA DE COSTUMBRES POPULARES

en tres actos y en prosa, original

Copyright, by F. García Pacheco y L. Grajales, 1920

MADRID
SOCIEDAD DE AUTORES ESPAÑOLES
Calle del Prado, núm. 24

1920

FIGURITAS DE CERA

250791

Esta obra es propiedad de sus autores, y nadie podrá, sin su permiso, reimprimirla ni representarla en España ni en los países con los cuales se hayan celebrado, ó se celebren en adelante, tratados internacionales de propiedad literaria.

Los autores se reservan el derecho de traducción.

Los comisionados y representantes de la *Sociedad de Autores Españoles* son los encargados exclusivamente de conceder ó negar el permiso de representación y del cobro de los derechos de propiedad.

Droits de representation, de traduction et de reproduction réservés pour tous le pays, y compris la Suede, la Norvège et la Hôllande.

Queda hecho el depósito que marca la Ley.

FIGURITAS DE CERA

COMEDIA DE COSTUMBRES POPULARES

en tres actos y en prosa

ORIGINAL DE

FRANCISCO GARCIA PACHECO y LUIS GRAJALES

Estrenada por la **Compañía Alba-Bonafé**, en el TEATRO NOVEDADES de Barcelona, el día 25 de setiembre de 1920

MADRID

R. Velasco, impresor, Marqués de Santa Ana, 11, dup.

TELÉFONO. M 511

1920

REPARTO

PERSONAJES	ACTORES
LUISA	María Luisa Moneró.
GABRIELA	Carmen Villa.
SEÑA PATRO	Irene Alba.
FLORENTINA	Joaquina Almarche.
ESCOLASTICA	Dolores Martín.
EUDOXIA	Monserrat Blanch.
ENCARNA	Irene Caba.
ANTONIO	Rafael Rivelles.
FELICIANO	Manuel Luna.
MACEDONIO	Juan Bonafé.
HERIBERTO	Vicente del Valle.
JACINTO	Nicolás Rodríguez.
TELESFORO	Pablo Hidalgo.
LUCRECIO	Manuel Santander.
LISARDO	Emilio Gutiérroz.
EULOGIO	Antonio Armet.
DOROTEO	

La acción de los dos primeros actos, en Madrid y la del tercero, en el Pardo.—Epoca actual

Acotaciones del lado del actor

ACTO PRIMERO

Una plaza en los barrios populares de Madrid. Primer término izquierda, puerta de una casa y al lado una ventana larga hasta el suelo con reja. Primer término derecha, puerta de una pajarería con un rótulo que dice: «El volátil de oro», y debajo: «Venta de pájaros y pájaras». Sobre el forillo se verán algunas jaulas verdad y con habitantes. Segundo término derecha, un portal. Foro derecha, una taberna con su rótulo: «Tienda de vinos». Foro izquierda, un estanco con el rótulo pintado de rojo y gualdo y que dice: «Compañía Arrendataria de Tabacos. Expendeduría núm. 211». A ambos lados del foro, desembocadura de calles. A la puerta de la pajarería hay un sillón de mimbres. A la del estanco una mecedora de tela. En el escalón del portal un botijo. Es de noche, el día de San Antonio de la Florida, 13 de junio.

ESCENA PRIMERA

Al levantarse el telón, hay en escena una bronca formidable. La FLORENTINA y la EUDOXIA, dos hembras castizas donde las haya y que lucen espléndidos mantones de Manila y peina alta, se han dicho lo suyo y han llegado a las manos, queriendo arrancarse los respectivos moños. El LUCRECIO, compañero de la Florentina, y el EULOGIO, ídem de la Eudoxia, intentan separarlas. Contribuyen a esta árdua empresa el señor HERIBERTO, dueño del estanco: LISARDO, mozo de estación, y el TELESFORO, vecino pacífico. Heriberto y Telesforo están en mangas de camisa. Lisardo, traje del oficio.

Flor. ¡Perra, más que perra!
Eud. ¡So chula!
Flor. ¡Te saco los ojos!
Eud. ¡Ladrona!

Flor. ¡Tramposa!
Luc. ¡Quieta, Florentina!
Flor. ¡Quita, boceras!
Her. ¡Calma!
Eud. ¡Suelta, que la mato!
Tel. ¡Guardias! ¡Guardias!
Her. ¡Salga usted, señor Macedonio!
Eul. ¡Que te calmes, Eudoxia!
Eud. ¡La tengo que arrancar el moño!
Flor. ¡Prueba, so cobarde!
Eud ¡Tia ladrona!
Lis. ¡Guardias!
Flor. ¡Tia tramposa!
Tel. ¡Guardias!
Her. ¡Señor Macedonio! ¡Señor Macedonio!
Eud ¡So perra!
Flor. ¡So arrastrá!
Luc. ¡Quieta, quieta!
Eul. ¡Calma, calma!

ESCENA II

DICHOS y MACEDONIO

En pleno jollín comparece el señor Macedonio por la puerta de la pajarería. En mangas de camisa viene, con un pañuelo colorado al cuello y un enorme pay-pay en la mano. Se percata de la bronca y se planta en medio de los gladiadores.

Mac. ¡Quieto! ¡Quieto todo el mundo!
Flor. ¡Aparte usted, so pelele!
Eud. ¡Quite de ahí, vejestorio!
Mac. ¿Qué es eso? ¡Orden! ¡Respeto a la autoridad!
Eul. ¡Pero que haiga calma, Eudoxia!
Luc ¡C'haiga sosiego, Florentina!
Mac. ¡Respeto a la autoridad!
Luc. ¿Pero qué autoridaz ni qué ocho cuartos?
Flor. ¡Sepamos! ¿Quién es ustez?
Mac. ¿Que quién soy yo? Pues na menos que el señor Macedonio Bravo, dueño de la pajarería adlátere y alcalde de este barrio. Conque, si no quien ustes que les haga transportar a la Comisaría, derrochen un poco de orden y respeto. A ver, ¿qué ocurre?
Luc. No ocurre ná.
Mac. Entonces, ¿por qué causa deterioran ustés

el orden público? ¡A ver! Persónense ante mí los bélicos faztores de la contienda y depongan.

Flor. ¡Este tío ha bebido!

Mac. ¡Señora! En primer lugar, que yo no soy tío de nadie. Y en segundo, que si yo bebo, por muchos años sea.

Luc. Yo explicaré lo que ha pasao.

Mac. Veamos.

Luc. Aquí, la joven, (Por Florentina.) es mi señora.

Mac. ¿Son ustés casaos?

Flor. No, señor, pero como si lo fuéramos.

Mac. Conformes.

Luc. Bueno; pues aquí la joven, aunque me esté mal el vocearlo, es más dulce que dos reales de Chantilly.

Mac. ¡Se chupará usted los deos!

Luc. No, señor; por que un servidor tié nociones, y eso es una falta de urbanidaz.

Mac. Muy bien.

Luc. Prosigo. Aquí, mi señora, tuvo una vez la debilidaz de tener gran cariño de amiga por aquí la joven.

Mac. ¿Qué joven?

Luc. Esta. (Por Eudoxia.)

Mac. (Después de mirar a Eudoxia, que ya tiene sus añitos.) Veo que es usted galante con las señoras. Continúe.

Luc. Aquí, (Por Eudoxia.) es corredora de alhajas y prendas. Aquí, (Por Florentina.) le hizo a aquí, (Por Eudoxia.) varias compras a plazos. Aquí, (Por Florentina.) le pagó a aquí, (Por Eudoxia.) treinta y siete duros y medio por un mantón, ese que lleva, y por unos pendientes...

Mac. ¿Esos que lleva?

Luc. No, señor, que los llevé yo.

Mac. ¿Pero usted lleva pendientes?

Luc. Al Monte, sí, señor.

Mac. ¡Ah!

Luc. Después de efectuado el pago, aquí dijo que faltaban diez duros en la cuenta, lo cual motivó una bronca muy decentita entre aquí y aquí, (Por las mujeres.) y aquí, (Por Eulogio.) y yo. Bueno; pasó el tiempo sin más disturbios, hasta que hoy, aquí se ha servío de limpio, se ha ceñío el Manila y cogiditos del brazo hemos zarpao del hogar con rumbo a la verbena de San Antonio, porque

castizos ande los haiga, teníamos que marcarnos una docena de *tuéstenes.*

Mac. ¡Muy bien!

Luc. *Lleguemos* a ese puesto de refrescos de la esquina; nos *sentemos; tomemos*, esta una orchata y yo cebá con paja, que me sienta mejor. Llegaron estos, y al poco rato, que si indireta por aquí, que si mirá por allá, total, que se han venío otra vez a las manos, y que a no ser por la prudencia de aquí (Por Eulogio.) y de yo, en la Casa de Socorro tien trabajo para un par de meses.

Eul. ¡Ele!

Mac. ¡Bueno! La cosa no tié importancia. Yo, como alcalde de barrio, entiendo que debo fallar, y fallo lo siguiente: Ustés cuatro, se dan un abrazo lo más apechugao que puá tolerar el decoro; se encaminan juntos a la verbena; despilfarran los caballeros, osequiando a las damas, esos diez duros génesis de la animazversión; se marcan cuantos *chotises*, *tuéstenes, foxtróteres* y *caquevolques* les apetezca; y yo quedo aquí rebosante de júbilo libando unos chatos de Jerez que ustés deben dejar pagaos en la tasca del Indalecio. Macedonio Bravo, rubricao.

Eul. ¡Muy bien!

Todos ¡Bravo!

Eul. Es usted el dicionario Hispano-Americano de la justicia.

Luc. El Bailly-Bailliere de la autoridaz.

Flor. Chóquela usted.

Eud Vengan esos cinco.

Eul. (A la puerta de la taberna.) Indalecio, tóo el gasto que haga el señor Macedonio, lo pago yo.

Luc. ¡A la verbena!

Flor. En marcha.

Los cuatro ¡Adiós, señor Macedonio! (Mutis juntos del brazo)

ESCENA III

MACEDONIO, HERIBERTO, TELESFORO y LISARDO

Her. Siempre será usted el mismo, señor Macedonio.

Tel. Siempre de tan buen humor.

Lis. Festivismo puro.

Her. No es por ahí. Lo que yo quería decir, es que en tóo se ve su afición al vino. Ya sabía yo que la sentencia acabaría en chatos.

Mac. Ahí le duele, señor Heriberto. Me gusta beber lo mío.

Her. Y si es posible lo de los demás.

Mac. Se persona cualquier sujeto en la alcaldía y me pide un certificao de buena conducta. Se lo expido y me dice: ¿Qué le debo? Tres chatos. ¿No es esto más honrao que sacarle dos reales?

Lis. ¡La fija!

Tel. ¡Incontrovertible!

Her. Y los pájaros... ¿los vende usted por chatos también?

Mac. Eso no, señor Heriberto. El comercio es sagrao. Y a propósito de pájaros. Las gentes ponen a las aves cañamones y agua, ¿no es eso? Pues acérquense ustés a las jaulas.

Her. ¿Qué les pone usted?

Mac. Cañamones y Rioja Paternina.

Tel. ¡Atiza!

Mac. Al principio me da risa verlos tambalearse con la cogorza. Pero luego se acostumbran, y ya puedo echarles botellas.

Lis. ¿Dice usted que Rioja, señor Macedonio?

Mac. Sí, joven, Rioja y de marca.

Lis. ¡Caray! ¿Quié usted hacerme el osequio de meterme en una jaulita de esas?

Mac. No, señor, que usted es un pájaro de cuidao.

Lis. Vaya, pues en vista del desaire, me voy a mi obligación.

Her. ¿Ande vas?

Lis. A la estación, a esperar los últimos trenes. Hasta luego. (Mutis por la derecha.)

Tel. Echaremos un traguito. (Coge el botijo.) Señor Macedonio, ¿quié usted un sorbo?

Mac. Como me lo vuelva usted a decir le pego un tiro.

Tel. Este es el segundo que vacío esta noche. Adiós. (Mutis por el portal.)

ESCENA V

MACEDONIO, HERIBERTO. A poco la SEÑA PATRO, por la primera izquierda

Mac. Este amigo es de lo más hidráulico que conozco.

Her. No lo crea usted. Los sábados que tié dinero, pilla sus buenas bufandas.

Patro ¿Están ustés solos?

Mac. ¡Aislaos!

Patro Me alegro, porque quería hablar con usté. Y con usté también, señor Heriberto.

Her. ¡Pero está usted acongojá!

Mac. ¿Qué la pasa a usted, señá Patro?

Patro ¡Una cosa horrible! Yo tengo necesidad de hablar con ustés, mis únicos amigos, los únicos grandes amigos de mi difunto, pa que me aconsejen y me guíen, porque si en este conflicto que hoy paso me encuentro sola y abandoná, ya me veo en el civil del Este.

Mac. ¡Vamos, la daba a usted con el pay-pay! Yo fuí un gran amigo del difunto Venancio, que *requiescat in pace*, y permanezco vitalicio de usted.

Her. Seis reales llevo en ese décimo.

Patro Por eso acudo a ustés.

Her. ¡Hable!

Patro Ustés saben que mi Luisa era hace unos años el encanto del barrio.

Mac. ¡Un pimpollo!

Her. ¡Una gloria!

Patro Golondrina la llamaban toos y bien la cuadraba el nombre, porque nunca se la vió quieta; trabajadora, buena, alegre, decidida y bulliciosa, era un encanto. Bueno, ustés saben que mi Luisa se casó hace cuatro años con el Antonio.

Mac. En la parroquia de las chinches.

Patro Y que el Antonio, que era un muchacho trabajador y honrao, nos resultó después un granuja, un vago, un golfo...

Mac. ¡Basta! Le volca usted encima el *Dicionario* y no le tapa.

Patro De tasca en tasca se pasaba las noches y no se levantaba en jamás antes de poner los gabrieles en la mesa. En un año no le ví

levantao a las siete de la mañana más que dos veces: una pa ir a la boda de un amigo y la otra porque no se había acostao entoavía. En poco tiempo liquidó el *garage* que su padre le había dejao y que podía darle pa comer. El ser un gran mecánico y un gran chofer no le servía más que pa llevar de juerga a sus amigos y amigas a casa de Juan o a la Terraza.

Mac. Desaprensión conyugal *in extremis.*

Patro Un año pasó mi pobrecita Luisa sosteniendo con su trabajo la casa, mientras él gastaba los cuartos en fiestas y jolgorios.

Her. ¡Exacto!

Patro Ustés saben que al año de casaos el Antonio desapareció de Madrid, y que en tres años que hace de esto, no hemos vuelto a saber una palabra de él.

Mac. Lo cual que es como pa adornar la plaza con farolitos a la veneciana y tomar un abono de sombra.

Patro Sí, señor Macedonio, quisiá que se hubiá muerto del tifus.

Her. O de la encefalitis letárgica.

Mac. Lo principal es que feneciese.

Patro Desde entonces, mi Luisa se ha visto requería por muchos sujetos, que los hombres creen que too el monte es orégano y pensaron que una mujer abandoná por su marido era plato fácil de comer. ¡Son ustés muy frescos!

Her. Hay de too, señá Patro.

Mac. Los hay frescos, que sólo con la mirá le largan al lucero del alba una bronco-pneumonía; pero también los hay con un calor natural que da fiebre.

Patro Bueno, el caso es que a mi Luisa la han requerío a montón y que ella no ha dao en jamás oídos a nadie. En too el barrio se hacen cruces de que una mujer abandoná por su marido puá ser tan trabajadora y tan honrá y por eso, a la que antes la llamaban la Golondrina, Santa Golondrina la llaman ahora. Santa Golondrina, sí, y este es mi orgullo de madre, que al fin y a la postre, yo la he enseñao a ser buena y honrá a carta cabal.

Mac. Señá Patro, es usted una madre estilo Felipe II.

Her. Más aún. Una madre de la Edad Media.

Patro Sí, señor. No tengo más que cincuenta años.

Her. Me refiero a la Edad Media de la Historia.

Patro Pues bien; ahora viene el conflicto.

Mac. ¡Relate!

Patro ¡Mi Luisa se ha enamorao!

Mac. ¡Recupido! ¿Qué dice usted?

Her. ¡Caray! ¿Cómo es eso?

Mac. ¿Pero de quién?

Patro Del Feliciano.

Her. ¿De mi ahijao?

Patro Del mismo. Ustés saben que mi Isidoro y yo fuimos muy amigos de los padres del Feliciano; que éste ha entrao toa la vida en mi casa como en la suya, y que se ha criao con mis chicas. Yo no veía ningún peligro en esto, no, señor; es más, me figuraba que el Feliciano se había fijao en mi Gabriela, y la verdad sea dicha, como él siempre nos ha parecío un buen muchacho, pues no se me antojaba mal aquéllo. Pero no era así. El Feliciano se había fijao en mi Luisa, y mi Luisa, al verse sola, al verse abandoná, se ha ido fijando poco a poco en el Feliciano. Este es mi apuro, porque, ¿qué hace una madre en mi lugar? Aconséjenme ustés antes de que sea tarde pa poner remedio.

Her. El asunto es espinoso, señá Patro.

Mac. El problemita se las trae. ¡Caray! Si se lo presentan a Pitágoras acaba en Leganés.

Her. ¡Espérense ustés! A ver si el humo nos aclara el magín. (Se acerca al estanco y llama.) ¡Jacinto! ¡Jacinto! Tráete dos Murias. (Vuelve.) Le ví a osequiar a usté, señor Macedonio.

Mac. Es usted más atento que León-Boyd.

ESCENA V

DICHOS y JACINTO, por el estanco

Jacinto es un muchacho que está en los alegres veinte años. Como su padre no le ha obligado a trabajar, él prolonga la edad adolescente. Es travieso y juguetón

Jac. Aquí están los cigarros, padre.

Her. ¡Vengan! Ahí va, señor Macedonio. (Le ofrece uno y ambos encienden.) ¿Qué tal?

Mac. Me ha dao usté la vida, porque en este tiempo es que no se da una chupá. Bueno, los que me vean se van a creer que soy primo hermano de Allendesalazar.

Jac. Es buen cigarrito, sí, señor.

Mac. Oye, tú, muchacho. ¿Usas perfumes?

Jac. Sí, señor, y muy finos. *Ola* usté, señor Macedonio, *ola*.

Mac. (Después de olerle la cabeza.) ¡Caray, este Jacinto huele muy bien!

Jac. ¿Y la Gabriela?

Patro Ha ido a acompañar a su hermana.

Her. ¿Te importa a ti algo la Gabriela? Ea, largo de aquí.

Jac. ¡Pero, padre!...

Her. No piensa más que en las muchachas y en las travesuras. ¡Pues no me juega a barquitos con las cajetillas de ochenta y cinco!

Mac. ¡Hombre! ¡Ya eres mayorcito!

Her. ¡Ea! A cuidar del estanco.

Jac. ¡Voy! (¡Siempre riñéndome! Pues ahora mismo hago un bergantín con una caja de carunchos.) (Mutis por el estanco.)

ESCENA VI

DICHOS, menos JACINTO

Patro Bueno, aconséjenme ustés. ¿Qué debo hacer?

Mac. Pues verá usté, señá Patro...

ESCENA VII

DICHOS, LUISA y GABRIELA, foro derecha

Luisa es el prototipo de la mujer madrileña. Esbelta, gallarda, airosa, muy bien vestidita, muy bien peinada, muy requetebién puesta de medias y zapatitos, llevando con graciosa naturalidad y desenvoltura su mantoncito de crespón. Tiene tan solo veinticuatro años, lo cual quiere decir que está en el momento más florido de su edad y de su belleza, porque Luisa es bonita. Gabriela es también

una madrileñita adorable; sólo tiene diez y ocho años y es un encanto de travesura, gracejo y despreocupación. Es de las que usan al hablar los acostumbrados timitos madrileños

Luisa Buenas noches.

Mac. Sudoríficas, pero buenas.

Patro ¿Cómo habéis tardao tanto?

Gab. Toma, porque nos entretuvo la clienta.

Patro No quió mentiras. La verdad, Luisa. ¿Has visto al Feliciano?

Luisa Sí, madre.

Patro Ahí tién ustés lo que les decía endenantes.

Luisa ¿Qué ha dicho usted?

Patro La verdad. Son amigos sinceros y puén saberlo too.

Luisa Y aunque no lo fueran, que después de too ansiosa estoy yo de decirlo a gritos, pa que se entere too Madrid.

Patro ¡Luisa!

Luisa Sí, madre. Esta situación es más fuerte que yo misma. Usté sabe y toos saben también que enjamás tuvo nadie tanto asín que decir de mí, pero esto que hoy me pasa no hay pecho que lo aguante. Cuatro años hace que estoy casá y tres que no sé ande para el hombre que me dieron pa mí. Cuatro años de honradez y de lágrimas. ¿Pué sufrirse esto?

Patro Será tu sino, hija mía.

Luisa Yo no acepto ese sino. ¿Con qué derecho se condena a una mujer al abandono y a la soledá y se la roba el corazón y la vida? Si yo estuviá al lao de mi marido y malo o bueno le abandonase, tendrían razón pa decir que soy una mala mujer. Pero si es él quien me deja y en el camino de mi vida desgraciá tropiezo con un querer firme y sincero que quié poner flores en mis macetas, ¿por qué he de rechazarlo y huirlo? Cuatro años de lágrimas han secao ya mi corazón. Cuatro años de penas me han hecho aprender mucho. No quiero sufrir más.

Patro ¡Luisa!

Luisa Tengo veinticuatro años, madre. Soy joven. ¿Es mía la culpa de que el querer que me dieron como bueno y legítimo y santo, haya sío un pájaro volandero que abandonó el nido dejándome sola y desesperá? ¿Y por-

que él no me haya querío enjamás, me han de condenar a mí a morirme de pena en un rincón? No, madre. He sufrido mucho y nadie me pué tachar de ligera, que toos saben lo mucho que he esperao y lo honradamente que he esperao. Pero si tú y éstos, y el mundo piensan que debo esperar siempre sin confianza en ná ni en nadie, consumiendo mi vida en un sacrificio inútil, entonces, créame usted, madre, es mejor irse derecha al Viaducto y acabar de una vez. ¡Buenas noches! (Mutis primera izquierda.)

ESCENA VIII

DICHOS menos LUISA

Pausa. Los cuatro quedan un momento suspensos

Her. ¡Zanahoria! Qué entereza de carácter.

Mac. Esta sí que es de la Edad Media.

Patro ¡Qué desgracia, Dios mío, qué desgracia!

Gab. ¡No llore usted, madre! ¡Anda, leñe! Que se entiendan y allá cuidaos. Pues no faltaba más sino que ahora se me volviese usté cardíaca por ellos.

Her. Señá Patro. La voy a dar a usté un consejo respetive al caso.

Mac. Poco a poco. El consejo es de mi jurisdición, que pa algo soy un hombre de reconocido intelezto.

Her. ¡Ah! ¿Pero es que usted se cree que yo no soy un hombre de luces?

Mac. De bengala, si acaso, señor Heriberto. Yo soy del siglo de la electricidad, y usted, too lo más que pué ser es de la edaz del acetileno.

Her. ¡Mi abuela! ¡Yo gaseoso!

Mac. Y yo voltáico, sí, señor. Señá Patro, normalícese usted. Entiendo que la Golondrina tié una razón que la rebosa por las horquillas del moño.

Her. Me suscribo a esa manifestación. Además, que el matrimonio es una férula ignominiosa.

Mac. ¡Poco a poco! El matrimonio es la base de la familia y de la repoblación del mundo.

Her. ¡Falso! El mundo no se acaba aunque el matrimonio se abuela.

Mac. ¡Alto ahí! Se dice abulia.

Her. Yo siempre he dicho abuela y me entendía la pobre, que en paz descanse.

Patro ¿Qué debo hacer yo, señor Macedonio?

Mac. Dejar que los acaecimientos se desparramen. Quién sabe si esto es una ventolera que pasa pronto.

Patro ¡Ay! Este golpe no lo aguanto, no lo aguanto. ¡Pobre hija mía! (Mutis primera izquierda.)

Gab. ¡Que no llore usted, es! ¡A ver si cojo yo una vara y no dejo títere con cabeza! ¡Pués sí!... (Mutis tras Patro.)

ESCENA IX

MACEDONIO y HERIBERTO; a poco TELESFORO

Mac. Nos hemos cargao una sesioncita que ni el Consejo de Estao.

Her. Regular ha sío. ¿Nos tomamos unas copas?

Mac. ¡Santa palabra! (Se dirigen a la taberna cuando sale del portal Telesforo con el botijo de marras.) ¿Ande va usted, pollo?

Tel. A la fuente, a llenar este cacharrito, que con la calor que hace, no hay más que amarrarse al pitorro.

Mac. No sea primo y deje ese adminículo, que es usted mayor de edaz pa usar biberón.

Tel. Pero, señor Macedonio, ¿y la calor?

Her. Venga usted a la tasca, que too está pagao.

Tel. ¿A la tasca? ¡Mi madre! ¡Venga un abrazo!

Mac. ¡Sin efusivismos! ¿Qué acostumbra usted a beber a estas horas?

Tel. A estas horas igual que a cualquier hora. ¡Tres medios chicos!

Mac. ¡Pues andando!

Tel. ¿Y qué hago con este chisme? (Por el botijo.)

Mac. Hágase usted un dije.

Tel. Lo dejaré aquí.

Mac. Traigáselo y lo llenaremos de Cazalla. Verá usted qué sorpresa pa la parienta.

Tel. Bien dicho. (Mutis los tres por la taberna.)

ESCENA X

GABRIELA y JACINTO

Jacinto sale del estanco provisto de una armónica (aparato de hoja de lata y madera, que usan los chicos para tocar). Sopla y emite unos sonidos. Pausa

Jac. ¡Caray, no sale! (Vuelve a hacer uso del aparato.) ¡Ah! ¡Ya está aquí! (Gabriela se asoma a la puerta y pregunta.)

Gab. ¿Estás solo?

Jac. ¡Solísimo!

Gab. (Viene corriendo hacia él.) ¡Jacintito!

Jac. ¡Gabriela de mi alma! (La abraza.)

Gab. ¡Eh, tú! Las manos quietas.

Jac. Es que no sé dónde ponerlas.

Gab. Ponlas en un marco. Acuérdate de que somos novios de broma, pa distraernos na más.

Jac. ¡Pues claro!

Gab. Pues no está claro, porque tú arreas cada abrazo que paece que nos hayamos tomao los dichos.

Jac. Es que la verdad; esto de hacer de novio tuyo es jugar con tizones encendidos, y en una de éstas me chamusco.

Gab. Distración na más. Pa pasar el rato hasta que nos enamoremos cada uno por su lao. Oye; ¿has inventao algo pa esta noche?

Jac. ¿Que si he inventao? ¡Pues ahí es naa! Tú te acordarás de que ayer quedamos en que tú eras la China y yo el Japón.

Gab. Sí, señor. Y como el Japón es un ansioso, se quería apoderar de la China.

Jac. ¡Justo!

Gab. Me cogiste de la nariz.

Jac. ¡Un cabo!

Gab. Y te largué tres frescas.

Jac. En la China hay muy poca educación.

Gab. Luego me echaste mano a la cintura.

Jac. Mentira. A la cadera, que es una península.

Gab. Y entonces te largué otras tres frescas.

Jac. Las segundas no fueron frescas, fueron helás.

Gab. Te lo merecías.

Jac. Bueno, pues a consecuencia de esas frases de mal gusto hay cierta tirantez entre la China y el Japón y pué ser que se declare la guerra.

Gab. ¡Pué ser!

Jac. Mi padre viene. Vamos corriendo.

Gab. Sí, vamos. (Mutis por el estanco.)

ESCENA XI

DOROTEO. A poco MACEDONIO y HERIBERTO

Dor. (Sale por el portal llevando a cuestas un colchón.) ¡Retrópico y qué calor! Esto no hay quien lo sufra. (Extiende el colchón frente al portal.) (Macedonio y Heriberto salen de la taberna.)

Mac. ¿Qué es eso, señor Doroteo?

Dor. Que me saco el lecho al arroyo, porque en casa no hay quien pegue un ojo ni con sindeticón. Además, ¡una de insectos!

Mac. Bueno, hombre. Duerma usted al raso. Pase usted, señor Heriberto. Va usted a ver cómo no hay en tóo Madriz un Jerez seco como el que yo tengo. Lo uso pa los canarios flauta.

Her. Vamos a probarlo.
(Mutis ambos por la pajarería.)

ESCENA XII

DOROTEO y TELESFORO

Tel. (Sale de la taberna con una melopea que se desploma. Lleva en la mano el botijo.) Pues señor... Tres medios chicos primero y cuatro medios chicos después, hacen un total de tres chicos completos y la mitá de un chico. Como luego tomé otro medio chico, éste vino a completarme el chico que tenía en punta. ¿Y mi casa? ¿Ande se habrán llevao mi casa? (Tropieza con el colchón.) ¡Caray, he llegao a la alcoba sin darme cuenta! Pues no he notao que me abría el sereno... ¡Gracias, Ramón!.. Pero, señor, ¿cómo habré subido la escalera? (Se sienta en el colchón, se quita una bota y la lanza fuertemente.) ¡Rediez, qué botazo!... ¿Ha-

bré asesinao al gato?... ¡Chibis, bis, bis. ¡Minino! ¡Na! El silencio del féretro. Cadáver. Bonita se va a poner mañana la Escolástica. En fin, a dormir. (Se tiende en el colchón con gran asombro de Doroteo, que se incorpora.)

Dor. ¡Un intruso! ¡Calla! ¡Es Telesforo! ¡Eh! ¡Telesforo! (Zarandeándole.)

Tel. Estate quieta, Escolástica.

Dor. ¿Cómo Escolástica? ¡Telesforo, tú has bebido!

Tel. Caray, me lo conoce en seguida.

Dor. ¡Ea! Largo de aquí.

Tel. ¡Atiza! Me he metío en el cuarto de un vecino. (Se levanta y coge el botijo.) ¡Rediez! Si llego a meterme en la cama de una señora y viene el marido, me hacen la autopsia. Bueno; cualquiera encuentra ahora mi cuarto.

ESCENA XIII

DICHOS y ESCOLASTICA, por el portal

Esc. ¡Telesforo!

Tel. ¿Quién va?

Esc. Pero, ¡so pasmao! ¿Tanto tiempo necesitas pa llenar el botijo?

Tel. Mira, Escolástica, te voy a explicar...

Esc. No me expliques ná. Tú has bebido. ¡Ladrón, más que ladrón!

Tel. ¡No me toques, por Dios, que me derrumbo! Luego dices tú que te marean los chicos... Pues mira si a mí me marean poco.

Esc. ¡Sinvergüenza! Te he dicho que no tiés que beber más que agua.

Tel. Tiés razón. Mira, te voy a dar gusto. (Se echa un trago del botijo.)

Esc. ¡Así me gusta!

Tel. ¡Mi madre! Este cazalla es dinamita.

Esc. ¿Qué te pasa? ¿Te sabe mal el agua, so ladrón?

Tel. No. Es que es de la gorda, ¿sabes? Y como no tengo costumbre... Pero me ví a acostumbrar... (Se echa otro trago.) Lo dicho: dinamita y palancastita.

Esc. ¡Anda pa casa!

Tel. ¿Ande está la casa?

Esc. ¡Ven, ven, so golfo, granuja!

Tel. Pero mujer, ahora que me he encariñao con el botijo ¿me insultas? Mira, mira cómo te doy gusto. (Bebe de nuevo, y bebiendo hace mutis por el portal tras Escolástica.)

ESCENA XIV

FELICIANO y LUISA. DOROTEO en el colchón

Entra Feliciano por foro derecha, se acerca a la puerta de Luisa y silba. Luisa sale a poco

Fel. ¿Me esperabas?

Luisa Hasta que hubieses venío. Tenía que hablar contigo.

Fel. ¿Qué pasa?

Luisa He tenío una gresca con mi madre.

Fel. ¿Por qué?

Luisa Por tí, Feliciano. Y la verdá te digo, no puo más.

Fel. No te acobardes, Luisa.

Luisa Acobardá estoy y quio acabar con esto. Yo no tengo valor pa ser mala, yo no quiero ser mala, y a tu lao me falta voluntá y fuerzas pa ser buena. Déjame, Feliciano, porque esto que hacemos es un crimen y yo me avergüenzo de quererte.

Fel. ¿Avergonzarte? ¿Por qué? Cuando nosotros no queremos ser malos y la vida nos obliga a serlo, ¿qué culpa podemos tener nosotros? Donde tú te avergüenzas de quererme es aquí, Luisa, porque tiés miedo a las gentes incapaces de comprender tu derecho a vivir y lo grande de nuestro querer. Pero yo te llevaré, si es preciso, al otro lao del mundo, que mis brazos son bastante fuertes pa llevarte y sostenerte. Ande vayamos, principiaré una vida nueva, de cariño santo y de trabajo honrao, y en esa vida volverá a tu pecho la paz y a tus ojos el sol.

Luisa ¡Feliciano! No pué ser.

Fel. ¿Por qué?

Luisa Porque... no sé por qué, Feliciano, pero hay una fuerza que me sujeta. Algo que yo no me explico me sostiene aún y me hace

acordarme de lo que he sío siempre, pa no querer ser de otra manera.

Fel. ¿Le quieres aún?

Luisa No es eso. Pero pué volver.

Fel. ¿Y qué? ¿Esa es tu esperanza? ¿Pero olvidas que si él volviese tu vida iba a ser peor aún? La misma vida del primer año, cuando mientras tú te destrozabas a trabajar, él te burlaba con las otras. Peor vida que estos tres años de soledá.

Luisa Sí, peor mil veces. Tiés razón, Feliciano. Mi vida buena, mi vida honrá, se ha acabao pa siempre. Tonta soy queriendo sostener una cosa que se hunde.

Fel. Y aunque pudieras sostenerla, no debías, porque la vida buena es pa tí el infierno.

Luisa ¡Verdá! Un infierno han sío estos cuatro años de honradez. Sácame de este Madrid que me ahoga, Feliciano; llévame a otras tierras donde se respire mejor; pero lejos, muy lejos; que no haya ná que me recuerde el pasao; que pueda yo pensar en que he nacío de nuevo, porque si no, me parece que por muchos esfuerzos que haga yo pa ser mala, el alma va a tirar de mí otra vez, y me va a obligar a ser buena, aunque mis ojos cieguen de llorar y aunque la vida entera se me caiga a pedazos.

Fel. ¡Descuida! Que yo sabré borrar de tu alma el pasao y hacerte pensar en que eres otra mujer, una mujer nueva hecha sólo para mí, como yo pa tí na más pienso que me han hecho. Que el diablo me lleve si no naces otra vez.

Luisa ¡Feliciano!

ESCENA XV

DICHOS y LISARDO, derecha

Lis. (Viene precipitadamente.) ¡Golondrina! ¡Golondrina!

Luisa ¿Qué te pasa?

Lis. ¡El!

Luisa ¿Qué?

Lis. ¡El! ¡Tu marido! Le he visto. En el exprés venía.

Luisa ¿Antonio?
Lis. ¡Sí, Antonio!
Fel. ¡Huyamos, Luisa!
Luisa ¡Nunca!
Fel. ¡Piensa lo que vas a sufrir!
Luisa ¿Y qué? Mi marido vuelve y no encontrará su casa vacía. ¡Aún soy una mujer honrá! Vete, Feliciano. Es el mismo cielo quien le envía pa salvarme. ¡Vete!
Fel. ¡Luisa!
Luisa ¡Vete pa siempre! (Mutis primera izquierda.)
Fel. ¡Luisa!
Lis. ¡Déjala, Feliciano! ¡Tié razón! Vamos.
Fel. Si vuelve para hacerte feliz, bendito sea. Pero si no, yo te salvaré. ¡Lo juro! (Mutis los dos por derecha.)

ESCENA XVI

GABRIELA, MACEDONIO, HERIBERTO, JACINTO y DOROTEO

En este momento se oye una bronca enorme en el estanco con acompañamiento de cacharros que se hacen cisco

Gab. (Dentro.) ¡Granuja! ¡Sinvergüenza!
Jac. (Dentro.) ¡Que me haces daño!
(De la pajarería salen precipitadamente Macedonio y Heriberto.
Mac. ¿Qué pasa?
Her. ¿Qué ocurre? (Nuevo ruido de voces y cacharros.) ¡Atiza, es en mi casa! (Corre hacia el estanco, cuando sale huyendo Jacinto.)
Jac. ¡Socorro!
Gab. (Detrás de Jacinto, armada con una escoba.) ¡Espera, so golfo!
(Jacinto cae de bruces sobre el colchón.)
Dor. ¡Guardias! ¡Guardias!
(Macedonio y Heriberto detienen a Gabriela.)
Mac. ¿Que es esto, muchacha?
Gab. ¿Esto? Na, señor Macedonio. ¡La China, que le ha declarao la guerra al Japón!
(Telón.)

FIN DEL ACTO PRIMERO

ACTO SEGUNDO

Interior de la casa de Luisa. Es una habitación modesta. A la derecha dos puertas que comunican con el resto de la casa. A la izquierda, en primer término, otra puerta. Foro derecha puerta a la calle. Esta puerta es de una sola hoja, de cristales, con visillo o cortina para evitar que desde fuera se vea el interior. Foro izquierda, ventana larga con reja hasta el suelo. Esta ventana tiene dos hojas de cristal con visillos también. Junto a ella hay una mesa baja y grande de trabajo, sobre la cual se ven varios corsés, tijeras, carretes, etc. Cerca de la mesa dos máquinas de coser. Varias sillas bajas rodean la mesa. En el ángulo derecho del escenario, frente al público, una consola antigua con jarritos con flores. En las paredes algún cuadro de los de cromolitografía.

ESCENA PRIMERA

ENCARNA, GABRIELA Y SEÑÁ PATRO

La Eucarna cose a la máquina, la Gabriela sentada junto a la mesa, repasa un corsé. La señá Patro de pie, junto al velador, va sacando de un canasto ropa recien lavada y la separa para plancharla. Tiene sobre el velador una palangana con agua con la cual salpica algunas prendas. Al levantarse el telón sorprende a las tres figuras en la forma indicada. Hay un momento de pausa que rompe al fin la señá Patro

Patro ¡Gabriela!

Gab. ¡Presente!

Patro Trae un poco de agua.

(Gabriela suelta el corsé, coge la palangana y se va por la primera derecha. Vuelve a poco y la deja de nuevo sobre el velador.)

Gab. Aquí tié usté. Y que se la traigo filtrá.

Patro ¿Filtrá?

Gab. ¡A ver! ¡Han atao al grifo un sombrero!

Patro ¡Habrás sido tú!...

Gab. ¡Yo!...

Enc. Ha sío la Carmelita. Me ha dicho esta mañana que venía el agua que era talmente del mar Rojo y que no se pasaba el día sin que inventase algo pa quitarle el barro.

Patro ¡Valiente aprendiza nos ha caído en suerte! Bueno, yo la planto en la calle.

Gab. Pero, ¿por qué?

Patro Porque no sirve más que pa hacer diabluras. ¿No tié tantas disposiciones pa arreglar lo del agua? Pues que se coloque en el Canal.

Gab. Después de tóo, tal vez sea un bien pa ella. Tampoco a mí me tira esto de los corsés. ¡Vaya un porvenir!

Enc. Pues es un oficio como otro cualquiera.

Patro Y las mujeres decentes deben tener un oficio pa ganarse un cacho de pan si llega el caso.

Gab. Caray, es que yo no sé por qué será, pero se casa una de esas que no saben freir un huevo y les ponen hasta doméstica; se casa una de oficio y siempre llega el caso de tener que ganarse el cacho de pan. ¡Hay que ver!

Patro El sino, hija.

Gab. ¡Qué sino ni que avellanas! Lo que pasa es que las mujeres semos unas primas alumbras con acetileno, eso. Ahora que lo que es a mí, ¡naranjas mandarinas!, a mí no me va a tomar los bucles ningún boceras. Encuantito que uno se me acerque y me diga: Gabrielita, tié usted unos ojos más negros que el Metropolitano; ¿me deja usted tomar billete? me planto en jarras, le acerco bien la cara pa que se percate de que mis señores padres hacían las cosas como Dios manda y le digo: Oiga usted, pollo; pa este viaje no se necesita alforjas pero se precisan los papelitos en regla, un sueldecito decente y una criada para tóo, de treinta reales por lo menos.

Patro Y te traía la criada, pero tenías que pagar tú los treinta reales.

Enc. ¡Ahí le duele! (Deja la máquina y se sienta a la mesa.)

Gab. No le duele ná. Porque yo no soy prima alumbrá; ni con acetileno ni con voltaicos.

Patro Fíjate en tu hermana. Si antes de casarse se le hubiá antojao decirle al Antonio que quería, que sé yo, la luna, pa colgarla de un boliche de la cama o pa ponérsela de careta en Carnaval, pues no te quepa duda, el Antonio sube en un areoplano de esos y o la convence por las buenas y baja con ella o por lo menos se trae un cacho. ¡Y ya ves después como se ha portao!

Gab. ¡Como un charrán! pero es que la Luisa es de las del acetileno. ¿Se cree usted que yo hubiá aguantao como ella? ¡Narices! Yo hubiá levantao el vuelo hace un rato.

Patro Tú te hubías agantao aunque te repudrieras por dentro, que en cuanto que a una mujer se la echa la bendición y le leen la epístola allí se acabó su libertad.

Gab. ¿Sí, verdad? Pues como a mí me toque un marido como el golfo de mi cuñao, lo mismo me da que me lean la Epístola que que me lean Los tres Mosqueteros. ¿Pues qué? ¿No hay más que engatusar a una infeliz con palabritas dulces para después decirla: duro, dale a la máquina y a la aguja y a las tijeras; haz corsés por la mañana y por la tarde y por la noche; muchos corsés, que yo estoy

dispuesto a comerme hasta las ballenas? ¡Vamos, que no! Que no se ha criao mi cuerpo serrano pa eso. ¡Digo! Yo supongo que usted y mi señor padre no se habrán tomao la molestia de traerme a este mundo pa tal cosa.

Patro No ha sío pa eso, no; pero si te toca la china...

Gab. Ya hablaremos entonces.

Enc. Eso, déjalo pa entonces.

(Pequeña pausa. La señá Patro saca del canasto una camisa cortita.)

Patro ¡Hay que ver! ¡Qué modas! Y a esto le llaman camisa. Antes no vestíamos así las mujeres... ¿De quién es esto?

Gab. Mío y de usted.

Patro Gracias. ¡Un palmo de tela y dos dedos de puntilla!

Gab. ¿Pero usted sabe lo caros que están los géneros? Las modas son sabias, madre. Como las telas suben, nosotras cada vez nos ponemos menos ropa y más cortita. Si no fuera por eso, la ruina.

Patro En fin, voy a ver si plancho tóo esto. (Mutis primera derecha.)

ESCENA II

GABRIELA y ENCARNA

Gab. Bueno, diga lo que quiera mi madre, la Luisa es tonta de la cabeza. ¿No te parece?

Enc. Lo que yo creo es que es muy buena.

Gab. Entonces me das la razón. Todos los buenos son tontos. Y, ¿pa qué le sirve ser buena? Pues pa que abusen de ella más entoavía. Ya ves. Hace dos meses que volvió el Antonio. Los ocho primeros días tóo fué bien, pero poco a poco volvió a las andadas y hoy está hecho el mismísimo charrán de cuando se marchó. No piensa en trabajar porque trajo ochenta duros. ¿Sabes? Con esto piensa sin duda comprarse un hotel y un yate y vivir de las rentas.

Enc. La verdad es que la Luisa tié motivos para darle de lao y no acordarse más del santo de su nombre.

Gab. ¡Y qué lo digas! Bueno, no te creas tú que le ha puesto muy buena cara. Le recibió como era su deber según dice ella pero ná más. Hacen vida distinta, como si no fueran marido y mujer. Separaos estuvieron tres años y separaos siguen como si él no hubiá vuelto. Eso sí que me gusta de mi hermana, que cuando se pone orgullosa no se rebaja aunque lo mande el Rey. ¡Así! Valiente prima hubiá sido si después de tóo lo pasao le recibe con los brazos abiertos y comiéndoselo a besos.

Enc. ¡Oye! ¿Y el Feliciano, qué ha sío de él?

Gab. No sé. Dende aquella noche que vino el Antonio no le hemos vuelto a ver.

Enc. ¿Y la Luisa, tampoco le ha visto?

Gab. Yo creo que no.

ESCENA III

DICHAS y LUISA segunda derecha

Luisa ¿Terminaste esa labor, Encarna?

Enc. Ya está.

Luisa Pues recoge que ya son las siete. (Luisa se acerca a la ventana y mira distraídamente a la calle. Encarna recoge la labor.) Ya tienes en la esquina al novio.

Enc. Es muy puntual.

Gab. ¿Te ha hablao ya de casorio?

Enc. Va pa largo. Dos años lo menos. El no gana entoavía más que catorce reales.

Gab. ¡Valiente puñao son tres moscas!

Enc. No digas, porque con los catorce reales y ocho que gano yo son veintidos y con veintidos reales se pué arreglar una mujer. Lo que pasa es que no tenemos prisa.

Luisa Dí que sí, chica. Nunca vas a ser tan feliz como ahora. Ahora ríes y cantas y te diviertes. Todas las tardes le tienes ahí en la esquina, aguardándote. Después le esperarás tú. Ahora te acompaña, te obsequia, te lleva los domingos a la Bombilla. Después... después es otra cosa.

Enc. ¡Y tanto! (A todo esto la Encarna se ha ceñido ya su mantoncito de crespón y dice.) Bueno, hasta mañana.

Luisa
Gab. } Adiós.

(Mutis la Encarna por la puerta del foro, que cierra tras sí.)

ESCENA IV

LUISA y GABRIELA

Luisa — No trabajes más.

Gab. — Mujer, te lo agradezco mucho. Estoy ya de corsés hasta la peineta.

Luisa — ¿Dónde está madre?

Gab. — Planchando creo que. ¿Y ese, no se levanta entavía?

Luisa — Aún no.

Gab. — ¡Caray! ¡Y son las siete de la tarde! Pa mí que se está entrenando pa meterse a sereno. Cuando le eche la vista encima se lo pregunto.

Luisa — Tú harás muy bien no diciéndole una palabra.

ESCENA V

DICHAS y la SEÑA PATRO

Patro — (Dentro.) ¡Pero Gabriela!

Gab. — ¿Qué manda usted?

Patro — (Dentro.) ¡Qué condenación de muchacha! (Sale por la primera derecha.) ¡Me vas a quitar la vida!

Gab. — ¿Qué mósca le ha picao a usted ahora?

Patro — ¿Que qué mosca? ¿Pero no te he encargao que echases una mirá a la cena?

Gab. — Ya la eché.

Patro — Hace dos horas.

Gab. — Pues una mirá. Usted no me dijo más. ¿Qué pasa?

Patro — ¡Pues ahí es ná! Las judías que se han pegao.

Gab. — ¿Que se han pegao? ¿Y qué se han dicho pa llegar a las manos?

Patro — ¡Echalo a broma!

Gab. — Pues no, seremos como usted que de tóo se sulfura.

Luisa Déjela usted, madre. Mira, lo que vas a hacer es pasar a casa del señor Macedonio y decirle que haga el favor de entrar por aquí que tengo que hablar con él.

Patro ¿Ocurre algo?

Luisa Ya sabe usted pa qué le quiero.

Gab. ¿Y na más?

Luisa Na más.

Patro Pero ya estás aquí, ¿eh?

Gab. Sí, señora. Enseguidita. ¡Ah! Si se vuelven a pegar las judías, con avisar a un guardia y comprar un kilo de filetes arreglao. Hasta luego. (Mutis foro.)

Patro En fin, voy a seguir aquel planchao. ¿Se levanta ya ese?

Luisa No sé.

Patro ¡Tóo sea por Dios! (Mutis primera derecha. Luisa coge una tela y se pone a coser a la máquina de espalda al público.)

ESCENA VI

LUISA y ANTONIO

Luisa queda cosiendo a la máquina de espaldas al público. Antonio habla desde dentro

Ant. ¡Luisa!

Luisa ¿Qué quieres?

Ant. ¿Dónde está mi corbata?

Luisa Encima de la cómoda está.

(Pausa. A poco sale Antonio segunda derecha.)

Ant. ¿Qué haces?

Luisa ¿No lo ves? Y tú, ¿ya has amanecido?

Ant. ¿Qué hora es?

Luisa Más de las siete.

Ant. Mujer, pues no es tan tarde.

Luisa ¿Más aún quieres que fuera? Mira, Antonio, una cosa tengo que decirte.

Ant. Y yo otra a ti.

Luisa Pues empieza tú.

Ant No, tú. Yo soy galante con las damas.

Luisa Pues bien, lo que yo tengo que decirte es que es preciso, absolutamente preciso, que cambies de vida.

Ant. ¿En qué sentido?

Luisa En tóos los sentidos. No voy a exigirte que

me quieras. No me has querío nunca y no vas a quererme porque te lo diga yo.

Ant. Que no te he querío nunca, no es verdad.

Luisa Bueno, un poco; antes, hace mucho tiempo, cuando eramos novios tenías una miaja de ilusión por mí. Después, de recién casaos, también me quisiste otra miaja. Tóos los matrimonios tién su luna de miel, y no iba yo a ser tan desgraciá en mi sino que me faltara hasta eso. Pero mi luna de miel fué muy chiquitita. Al poco tiempo, eclipse total. Tú cariño, *Requiescat in pace.* Se conoce que el casamiento me ha afeao bastante.

Ant. Eso no. Si bonita eras antes, más bonita todavía eres hoy.

Luisa No me des coba, Antonio.

Ant. ¿Coba? ¿Pa qué iba yo a darte coba, mujer?

Luisa Tiés razón. Eso pa las otras, pa las otras que son más guapas que yo y más buenas y te quién más que yo te he querío.

Ant. ¿Que tú me has querío? ¿Entonces quié decirse que ya no me quieres?

Luisa Claro que no. Amor con amor se paga. No iba yo a ser tan tonta que me volviese cardíaca por ti. ¡Si te parece que no he llorao bastante! Lo que quiero es que esto concluya.

Ant. ¿Qué es lo que ha de concluir?

Luisa Nuestra vida. Esta vida a la que tú quiés sujetarme y que no puedo sufrir. No te obligo a que cambies de manera de ser, pero no me obligues tú a que te soporte así como eres. No puedo.

Ant. Mira, Golondrina. Tú te crees que yo soy malo, y te equivocas. No soy malo.

Luisa Eres peor.

Ant. No soy malo, te digo. Lo que pasa es que esta vida mía es así. Que me he acostumbrao y que no sé ser de otra manera. No puedo tomar la vida en serio y necesito para vivir mis amigos, la partida de julepe, el cordero asao en los Cuatro Caminos, el baile, el vino...

Luisa Las mujeres...

Ant. ¡Luisa!...

Luisa Pues bien, yo no pienso privarte de tóo eso que te es necesario para vivir, ni a esperar que tú te prives de ello. No, hijo; no quiero

asesinarte ni tampoco pretendo que te *suicides*. ¡Vive! Pero no me vas a obligar a que me suicide yo.

Ant. ¿Qué es lo que quieres pues?

Luisa Que nos separemos.

Ant. ¡Separarnos! ¡Tú no estás en tu juicio!

Luisa Que nos separemos, sí. Que cada cual siga su vida como Dios le dé a entender.

Ant. Eso no se puede oir en serio.

Luisa ¿No hemos estao separaos tres años por gusto tuyo? Pues ahora estaremos toa la vida por gusto mío.

Ant. Eso es imposible.

Luisa ¿Pero qué es lo que tú pretendes?

Ant. ¿Y qué es lo que pretendes tú?

Luisa ¡Salvarme! Que he hecho ya por tí tóos los sacrificios. Tóo te lo he sacrificao, Antonio. Mi alegría, que tu cambiaste en amargura; mi alma, maltrecha por tu indiferencia; mi vida, truncá por tu abandono, y hasta mi orgullo de mujer, pisoteado por tí entre las otras mujeres ¿Quiés más entoavía? ¿Quiés también negarme el derecho a vivir? Pues yo no me siento capaz de seguir esta vida. Me ahogo y quiero respirar, y tengo derecho a respirar. Y es que soy muy joven, Antonio, muy joven pa que no haya ni tan siquiera una miajita de sol en mi vida, ni tan siquiera un rayito de luz en mi cielo; que es muy joven este corazón pa que se duerma, y muy joven mi boca pa que no ría, y jóvenes mis ojos pa que lloren, pa que lloren siempre como han llorao hasta hoy... ¡y como lloran hoy! ¿Y aún me preguntas lo que quiero? Quiero vivir, Antonio, quiero vivir.

Ant. Pa mí que tóo eso lo has leído en la *Novela Corta* y se te ha grabao.

Luisa ¿Pero es que no quiés que nos separemos?

Ant. Claro que no. ¡Separarnos! Eso no es decente. Tú eres mi mujer...

Luisa ¿Tu mujer? ¿Qué has hecho tú por conservarme? ¿Qué has hecho tú para evitar que fuera de otro? En tres años de ausencia no has tenío pa mi un recuerdo que me alentase ni una palabra que me sostuviera. Otra, en mi sitio, se hubiá dejao llevar por el primer hombre que la hubiá salido al paso para ofrecerla un querer sincero. Pues yo no lo

hice. Y mientras tú corrías el mundo disfrutando a tus anchas, yo pasaba los días aquí, encerrá entre estas cuatro paredes, amarrá a mi máquina pa que no les faltase el pan a los míos; y las noches allá en mi cama, despierta, con el recuerdo puesto en tí, llorando. ¡Lo que he llorado yo, Dios mío! Si por cada lágrima me dieran un minuto de alegría, yo era la mujer más feliz del mundo. Y al fin, vuelves, pero, ¿a qué? Cualquier hombre en tu lugar, por malo que fuese, por infame que fuese, hubiera venido a pagar con cariño esos tres años de pena y de llanto. Tú no. Tú has venido a aumentar mi llanto y a aumentar mi pena. Pues si esto es así, no hay duda de que tú eres más malo y más infame que ninguno.

Ant. ¿Has terminao ya? ¿Sí? ¿Pues sabes lo que te digo? Que tus palabras me hacen pensar una cosa que no creía de ti; que es verdad lo que me han contao.

Luisa ¿Qué te han contao?

Ant. Que tú habrás podío estar muy triste en mi ausencia y llorar mucho, pero no ha faltao cerca de ti algún sujeto de buen corazón que te secara las lágrimas y te consolase.

Luisa ¿Conque sí? ¿Y quién ha sío esa hermana de la Caridá? ¿No te lo han dicho?

Ant. Sí que me lo han dicho. Sor Feliciano se llama. Y da gracias a que entoavía no lo creo. Pero yo sabré la verdad y como sea cierto que me has engañao, mialas, por estas, te juro que te mato.

Luisa Y si yo supiera que eras capaz de matarme, mialas, por estas te juro también, que sería verdad.

Ant. ¡Yo lo sabré! (Mutis foro.)

ESCENA VII

LUISA; a poco la SEÑÁ PATRO

(Luisa, al hacer mutis Antonio, viene a caer sobre una de las sillas que hay junto al velador, y allí da rienda suelta a su llanto. Entra la Señá Patro.)

Patro ¡Llorando! Lo comprendo tóo. Has hablao con ese boceras.

Luisa ¡Sí!

Patro Ya es bastante. Pero, vamos, hija, por Dios, no te aflijas tanto.

Luisa ¿Pero qué quié usted que haga, madre?

Patro Tener una miaja de resignación, que ya veremos la manera de que cambie de conduta.

ESCENA VIII

DICHOS; GABRIELA, MACEDONIO y HERIBERTO, foro

Mac. ¡Que la haya!

Patro ¿El qué?

Mac. Salú. Es un saludito que me he inventao ahora. Pase usted, señor Heriberto.

Her. Felices, señá Patro. ¡Hola, muchacha!

Mac. Vamos a ver, ¿qué acontece? ¿A qué fin he sido requerido?

Patro Señor Macedonio, se trata de un asunto serio.

Mac. Fatalidá de mi sino. Yo que soy el ser más jocoso del hemisferio terráqueo...

Gab. ¡Y del marítimo!...

Mac. ¡Chist! ¡Poco a poco! De marítimo no hemos hablao una palabra. Con el agua pocas confianzas.

Gab. ¿Pero tanto miedo le tié usted?

Mac. Mira. Me pones *tete a tete* con un miura y bueno, no diré que me sonría, eso no, porque yo no soy espartano, pero tampoco me accidento. Ahora bien, me pones *tete a tete* con una tinaja, y lo más cerca que paro es en la Coruña.

Her. ¿Pero usted no se lava?

Mac. Toos los días...

Gab. Entonces...

Mac. Pero me lavo con ojén, señor.

Gab. ¡Que se cree usted eso!

Her. Di que no se lava.

Mac. Pues a lo que iba. Yo que soy el sér más jovial de la Creación, me veo mezclao en toos los asuntos serios del distrito. En jamás me han convidao a una boda ni a un bautizo, y en cambio no se muere una mosca en el barrio sin que tenga yo que acompañarla.

Her. Pues yo le vi a usted hace diez días en el bautizo del chico de la Lorenza.

Mac. Porque lo pagaba yo too, lo cual también es bastante serio.

Luisa Siempre está usted de chirigota, señor Macedonio.

Mac. Como que la vida es talmente una taza de café. Ls tomas sln azúcar y ¡puf, acíbar! Le colocas tres terrones y ¡néztar! Haz lo propio con la existencia. Quítale a la vida el amargor de los disgustos con el azúcar de la alegría, y verás qué bien te sabe. Porque la alegría es eso, azúcar, pero azúcar chipén de caña de la Habana. Alegría que Dios nos ha puesto en el azucarero que llevamos en el pecho pa que podamos ir tirando de esta perra vida. Ahora bien, si tú eres tan pasmá que te empeñas en tirar el azucarero al arroyo, ya pués hacerte la cuenta de que has liquidao toa la vajilla; toa, sí, porque no hay cazuela, ni sopera, ni puchero, ni ná, que valga lo que un azucarerito de esta clase repleto de alegría.

Gab. ¡Azúcar! Lo que habla este hombre.

Patro Señor Macedonio, le hemos hecho de venir pa ver si usted encuentra forma de convencer al Antonio pa que cambie de vida.

Mac. ¡Señá Patro! Yo soy esclavo de usted y de ésta. (Por Luisa.)

Gab. ¡Y de ésta! (Por ella.)

Mac. ¡Justo! ¡Y de ésta! De usted, porque usted ha sío la compañera fiel de un hombre que, más que mi amigo, era mi hermano. De éstas, porque—bueno—no digo que las he visto nacer por no ruborizarla a usted, señá Patro, pero—vamos—la primera persona que les ha cantao la *nana* y les ha enseñao a decir ajo, ha sío este económo. Además, que el bautizo de ésta (Por Gabriela), me costó muchos pájaros.

Her. Y bastantes plumas.

Mac. ¡Ele! Por todo lo cual, quiérese decir que soy capaz por ustés de tóo. Me mandan que siente plaza y mañana me tienen ustés en la de Oriente, vestido de lancero, y chicoleando a una cocinera de casa grande. Me presentan un vaso de agua y... y... soy capaz de tragar un sorbo.

Gab. De eso no le creo a usted capaz.

Her. Preséntele usted el vasito, señá Patro.

Mac. Es un ejemplo, señores, na más que un ejemplo que he puesto pa demostrar que por esta familia llego al heroísmo. Y sin embargo, lo de convertir al Antonio es superior a mis fuerzas. Yo soy capaz de domesticar todo género de aves, pero el Antonio es un pájaro de cuenta.

Luisa ¿Qué va a ser de mí entonces, señor Macedonio?

Mac. Hay una esperanza.

Gab. ¿Cuála?

Mac. Que pille el montante y se largue otra vez.

Her. Hay otra esperanza. El Feliciano.

Luisa ¡El Feliciano!

Her. Sí. Desde que vino tu marido, anda el chico un si es u no es enajenao y con una pena capaz de hacer llorar a unas castañuelas. El se guarda para sí su pena, pero los que estamos en el ajo se lo conocemos. Yo creo que ese chico estallará un día u otro. Conmigo tié el muchacho su miaja de confianza y me ha dicho el otro día que estaba dispuesto a tóo con tal de salvar a ésta.

Luisa Pues eso no, señor Heriberto. Cualquer amigo nuestro tié derecho a mezclarse en este asunto, pero él no. Antes, cuando estaba sola, abandoná de mi marido, he podío dar cídos a las palabras del Feliciano, a las palabras na más. Pero hoy es otra cosa. Mi marido ha vuelto. Malo o bueno está a mi lao y yo sé muy bien cuál es mi obligación.

Patro Bien, hija. Asi quió oirte.

Her. ¿Lo está usted viendo, señor Macedonio? ¿Se convence usted ya de que el matrimonio es un yugo ignominioso?

Mac. ¡Apócrifo! El matrimonio es un lazo sagrado.

Her. ¡Qué va a ser un lazo! Es un nudo y corredizo.

Mac. ¡Falso! Es un lazo sagrao, base y sostén de la familia.

Her. Pero hombre, ¿y usted por qué no se ha casao?

Mac. ¿Cómo? Aguantar a una mujer toa la vida? Usté está mochales.

Her. ¡Ahí le duele! Pues si esta muchacha no estuviá casá u si en este país tuviéramos pundonores de pueblo libre y hubiésemos establecío el divorcio como lo tienen en otros

países más adelantaos, ¿sabe usted lo que baría la Luisa? Pues la Luisa dejaría al Antonio plantao y sin novia y buscaría la felicidá en otro lao. ¡Eso!

Mac. Señor Heriberto, tié usted muchos pájaros en la cabeza.

Her. Los que le he comprao a usted, señor Macedonio.

Gab. Diga usted que sí, señor Heriberto. Bueno, lo que es yo, en cuanto que pesque un novio, le obligaré a que nos casemos en París de Francia. Y si me sale pez...

Mac. Si le pescas, es fácil que te salga pez.

Gab. Pues si me sale rana, le plantaré bonitamente y buscaré otro, y si no otro... hasta que encuentre un mirlo blanco.

Mac. No los hay, hija mía. Palabra de pajarero.

Patro ¿De modo, que usted cree?...

Mac. Que es muy difícil lograr ná del Antonio; pero que le cogeré de mi cuenta, y como se deje manejar, va a dar más vueltas que una trompa marina.

Her. A lo cual contribuiré en lo que pueda.

ESCENA IX

DICHOS y FELICIANO, foro

Fel. ¡Buenas tardes!

(Asombro general. Feliciano cierra la puerta, pero no avanza.)

Luisa ¡Feliciano!

Fel. Veo que se han quedao ustés de una pieza.

Mac. La verdad, chico. Nos has sorprendío más que si hubiá entrao el Comendador.

Fel. Pues no es pa tanto. Toa mi vida he entrao en esta casa con frecuencia, sin que le sorprendiese a nadie. Tóos en esta casa me han apreciao y yo a tóos. Y como no hay en mi *conduta* ninguna *ación* que *puá* avergonzarme, y como me marcho muy lejos de España, vengo a despedirme. ¿Hay algo de vergonzoso en esto?

Her. Dí que no, muchacho.

Mac. No le hay, no señor.

Patro Sin embargo, las gentes que le hayan visto entrar...

Her. Las gentes que le hayan visto entrar que se chinchen, seña Patro. Los que en toas partes ven malicias es que ellos las ven y las hacen.

Gab. ¡Eso! Y los que en toas partes ven manchas, es que en su casa ni con bencina salen.

Luisa No me importan las gentes. De mí pueden decir lo que quieran. A mí no me juzga nadie más que yo.

Fel. Vengo a despedirme porque me voy al Brasil. Y antes de marchar quisiera hablar dos palabras con la Luisa... y a solas. ¿Pué ser esto?...

Patro A solas, no.

Luisa ¿Por qué no?

Her. Eso digo yo. Ni el chico es un granuja que la vaya a ofender ni ella se lo pasaría.

Mac. Déjelos usted, seña Patro.

Fel. Es la última vez que me va usted a ver, seña Patro.

Luisa Déjeme usted, madre.

Patro Está bien. Ven tú, Gabriela.

Gab. Feliciano, ¿me mandarás postales?

Fel. Tóo lo que quieras te mandaré, Peque.

Gab. Que seas muy feliz. (Mutis Gabriela y la señá Patro por la izquierda.)

Mac. Le convido a usted a unos chatos, señor Heriberto.

Her. Vamos. (A Feliciano.) En la taberna del Pelao te esperamos.

Fel. Allá iré.

Mac. ¿Le paece a usted que le encargue a este chico que me envie del Brasil pájaros raros?

Her. Sí, señor. Y pué usted ponerle allí una sucursal.

Mac. Es una idea. (Mutis, ambos por el foro.)

ESCENA X

LUISA Y FELICIANO

Hay un momento de pausa. Al fin, Luisa rompe el silencio.

Luisa ¿Dices que te vas?

Fel. Sí.

Luisa ¿Al Brasil?

Fel. Al Brasil.

Luisa ¿Y está muy largo eso?

Fel. Bastante. Un día de tren de aquí a Cádiz. Diez y seis días de barco hasta una ciudad que llaman Río Janeiro. Una gran ciudad. Mas grande que Madrid, dicen que es, Luisa. Después, más días de tren. Luego, dos o tres días aún a caballo.

Luisa ¿Es allí donde está tu tío?

Fel. Allí. En un terreno que llaman Matto-Grosso. Tiene una hacienda, donde cosecha café. Más de un mes tardan las cartas desde allí a España.

Luisa ¡Qué lejos!

Fel. Hoy no hay na lejos. Los trenes y los barcos corren mucho.

Luisa ¡Y el pensamiento más!

Fel. Mucho más. El mío vendrá a cada momento a darse una vueltecita por Madrid.

Luisa ¿Quieres mucho a Madrid?

Fel. ¡Fíjate! Aquí he nacío, aquí me he hecho hombre, aquí he criao ilusiones, aquí he sufrío desengaños. ¿Te paece poco? Pues si te paece poco, te diré que aquí se queda la única mujer a quien he querío.

Luisa ¿Y por qué te vas?

Fel. ¡Por ella!

Luisa ¿Por ella?

Fel. Y por mí; que estoy malo del corazón y quiero sanar. Otros aires pué ser que me curen.

Luisa Sí que pué ser.

Fel. No creas que no me ha costao decidirme. Me he dicho muchas veces: ella va a creer que esto es una cobardía. Pero no; ella sabe que a una palabra suya yo sería bastante valiente pa sacarla de ande está, aunque fuá preciso arrancarla de las mismísimas manos del otro. Ella sabe también qué valiente soy pa mirar a la vida cara a cara y en cualquier rincón del mundo a donde ella y yo fuésemos a parar, aunque fuese el rincón más áspero de la tierra, allí sabría yo encontrar pan pa su boca, risa pa sus labios, flores pa su pecho y dicha pa su alma. También sabe ella que no me importaría na perder mi libertá a cambio de librarla de aquél que la hace sufrir. ¿Verdad, Golondrina, que ella sabe tóo esto?

Luisa Sí lo sabe, sí.

Fel. Pues entonces, ella no pué creer que huyo por cobardía, solo tengo miedo a sufrir y por eso me voy. Me decidí al convencerme de que ella no sería en jamás pa mí. Yo tenía mis ilusiones puestas en ella; había pensao muchas veces en que era posible rehacer su vida deshecha por culpa de otro, y vivir la mía a su lao, en un rinconcito de casa caldeao por el fuego de nuestro querer, de un querer que podía ser tóo lo malo que las gentes quieran; pero tan grande, que, no mirándolo a ras de la tierra, sino un poco hacia arriba, hacia el cielo, a la fuerza tenía que ser sagrao, sólo por ser cariño y por ser grande. Pero esto no podía ser. Me convencí de ello y entonces decidí marcharme. Tengo ahorraos unos cuartejos, que dan lo necesario pa el viaje y aún me sobra. Mis abuelos quien darme también unos cuantos duros que guardaban pa dármelos cuando me casara... ¡Fíjate! ¡Casarme yo! ¡Pobres abuelos! Tien un disgusto a estas horas... Los dos han llorao bastante, mucho han llorao, al pensar que me voy tan lejos... y que se quedan tan solos... y que ya no me volverán a ver más... En fin, qué se le va a hacer. Esta es la vida. (Pausa. Luisa llora quedamente hasta que Feliciano lo advierte y dice.) Pero qué, ¿también lloras tú?

Luisa Sí, también lloro yo. Y estas lágrimas son las más ardientes de toa mi vida, porque la vida entera se me va con ellas; porque me brotan de lo más hondo del alma, consolá al fin por llorar por una causa noble y por un sentimiento honrao.

Fel. ¿Lloras por mí?

Luisa ¡Feliciano!...

Fel. ¿Por mí, como ellos, como mis abuelos?

Luisa Sí, Feliciano, igual que ellos; porque te vas lejos; porque no te volveré a ver más. Juntos nos hemos criao. ¿Cómo no lo voy a sentir?

Fel. Pues rompe entonces too lo que te sujeta aquí. Vámonos. Deja de una vez de ser cobarde y defiende tu vida. Y si te falta valor pa defenderla, deja que la defienda yo. Vámonos, Luisa, vámonos a otras tierras

que sean pa nosotros más generosas que ésta.

Luisa No, eso no. Yo no sirvo pa huir ni pa esconderme. Si hubiera un camino honrao pa llegar a ti yo iría a ti, aunque el camino estuviese lleno de espinas. ¿Qué me iba a importar dejarme trozos de mi carne entre las matas, si ya el alma la tengo destrozá? Pero no le hay. Y huir a través de los campos, buscando las sombras pa esconder mi pecao, eso no, Feliciano, que quiero mirar hacia el cielo pa que el sol me bese la cara; eso no, porque a la mitad del camino me moriría de pena y de vergüenza, y porque no podría decirte nunca ¡te quiero!, como te lo digo ahora, ahora que no me avergüenzo de quererte, porque mi querer no ha manchao este cuerpo que no es mío. El alma sí, pero el alma es mía y yo te la doy. No puedo darte más porque no soy dueña de na más. Y ahora, vete, Feliciano, y alguna vez, en tu nueva vida, acuérdate de esta mujer, de esta pobre mujer, que te dió su llanto... y que te dió su alma... ¡Vete, Feliciano!

Fel. No seas cobarde. Piensa lo que te espera aquí y lo que podrías encontrar allí. Ven, Luisa.

Luisa ¡No!

Fel. ¿De veras... no?

Luisa De veras.

Fel. ¿Qué va a ser de tu vida entonces?

Luisa No sé... Mi vida no tiene remedio. Y yo quisiera huir...

Fel. ¿Conmigo?

Luisa No. Eso no. Tú huyes hacia el otro extremo. Yo quisiera huir hacia arriba, huir de la vida, terminar de una vez.

Fel. ¡Golondrina!

Luisa ¡Si él se atreviera! ¡Pero no se atreverá!

Fel. ¿Qué dices? ¿Qué quieres decir?

Luisa No hablo contigo. ¡Déjame! Vete, Feliciano.

Fel. Adiós, Golondrina. Me marcharé ya sin volver a verte.

Luisa Es mejor.

Fel. ¿Me das la mano?

Luisa (Le alarga una mano que él estrecha entre las suyas.) Adiós... Que seas feliz.

Fel. Adiós, Luisa. Ojalá llegues tú a serlo. Ojalá

pudiese yo lograr que lo fueses, aun a costa de mi vida.

Luisa Gracias, Feliciano. (Luisa arranca suavemente su mano de entre las de él. Feliciano se dirige al foro, y al ir a salir entra Antonio.)

ESCENA XI

DICHOS, ANTONIO, MACEDONIO, HERIBERTO. A poco, GABRIELA y SEÑÁ PATRO

Ant. ¡No se vaya usted!

Luisa ¡Antonio!

Ant. ¿Lo ven ustés?

Mac. ¡Que estás ocecao, Antonio!

Her. ¡Que no tiés razón!

Ant. ¡Pero era verdad!

Gab. ¿Qué es esto?

Patro ¡Ay, Dios mío! ¡Ya me lo temía yo!

(Colocación. De derecha a izquierda, Patro, Gabriela, Feliciano, Heriberto, Macedonio, Antonio y Luisa.)

Fel. ¿Qué es lo que era verdad?

Ant. ¡Que estaba usted aquí!

Fel. ¿Y eso es un crimen?

Ant. ¡Es un robo!

Fel. ¡Ladrón yo! ¿De qué?

Ant. ¡De mi honra!

Fel. ¿De su honra? ¿Pero cómo le iba yo a robar lo que no tiene usted?

Luisa ¡Feliciano!

Ant. ¡Calla tú! ¿Supongo que tendrá usted cara pa responder de los insultos?

Fel. ¡Cara y puños!

Mac. ¡Estás ocecao, Antonio! Feliciano se marcha a América y ha venío a despedirse.

Ant. ¡Déjeme usted de historias, señor Macedonio! ¡Si me lo han dicho too! Si yo sé que estos infames se han aprovechao de mi ausencia pa abusar de mí y pa engañarme y pa hacerme el escarnio de too el distrito.

Luisa ¡Mientes!

Ant. ¡Que te calles te digo!

Patro ¡Mientes, te digo yo, y a mí no me haces callar! Que estaba mi hija al lao de su madre y es su madre demasiao decente pa consentir que ella no lo fuese.

Ant. No me diga usted, señá Patro. Usted es su madre y tié que sacar la cara por ella.

Fel. Está usté engañao, señor Antonio. La única verdá es que yo la he querío y la quiero too lo que usted no supo quererla enjamás; pero ella ha sío siempre más buena de lo que usted se merecía y le ha respetao a usted tanto como usted supo ofenderla a ella. Y la quise, porque esa mujer no era de usted; que no pué ser dueño de una mujer el que unas veces la explota y otras la abandona.

Ant. ¡Canalla!

Mac. ¡Quieto!

Her. Calma, Feliciano.

Fel. Déjeme usted. Y si ella hubiá querío, si ella quisiera entoavía yo la libraba de usted pa siempre, yo la arrancaba pa siempre de las uñas de usted, llevándomela al otro lao del mundo. Diga usted que ella no quiere, que si no, en cuanto usted hiciera algo por quitármela, yo le juro que me sobran reaños pa partirle a usted el corazón.

Ant. ¡Prueba!

Mac. ¡Calma!

Fel. ¡Pa qué ví a probar si ella no quiere! ¡Ya lo sabe usted too! Y también sabe usted ande se me pué encontrar. Tres días estaré aún en Madrid. Si pa algo me necesita usted pué usted buscarme. ¡Buenas tardes! (Mutis foro. Antonio va a precipitarse tras él y Macedonio y Heriberto le sujetan.)

ESCENA XII

DICHOS menos FELICIANO

Ant. ¡Dejaime! ¡Lo mato!

Luisa Mátame a mí, Antonio. A mí, que soy la más culpable y la más mala. (De rodillas ante él.)

Patro ¡Hija!

Mac. ¡Quita, loca! Tú eres la más honrá de toas las mujeres.

Luisa ¿Pero no saben ustés que quiero que me mate? ¡Soltadle! La más mala, sí; porque le quiero, Antonio; porque se marcha él y la vida entera se me va con él. Ya ves si seré

mala que soy tu mujer y pienso en otro y quiero a otro.

Ant. ¿Le quieres?

Luisa Sí, con toda el alma le quiero. Y al verle partir yo hubiá querío volar a su lao pa siempre. Porque de pena me moriré en un rincón pensando en él, que es el único hombre que me ha querío de veras. ¿Ves cómo soy mala? ¡Suéltenle ustés! ¡Que le suelten digo! (Macedonio y Heriberto dejan a Antonio.) ¡Mátame, Antonio!

Ant. ¿Que le quieres has dicho?

Luisa Sí.

Ant. ¿Y cómo dices que no has sío de él entonces?

Luisa No, eso no; que yo no puedo ser de dos hombres a un tiempo y ya era tuya.

Ant. ¿Y por qué no huyes con él?

Luisa Porque soy tu mujer y porque soy honrá.

Ant. ¿Honrá hasta ese sacrificio?

Luisa ¡Y hasta la muerte! Pero le quiero, Antonio; ¡mátame!

(Antonio la coge del cuello con ambas manos y la levanta y la acerca hacia sí. Todos, al ver la acción, se asustan y se precipitan hacia ellos.)

Patro ¡Hija!

Gab. ¡Infame!

Mac. ¡Antonio!

Her. ¡Suéltala!

Ant. ¡Dejadnos!

Luisa ¡Dejadle, que es mi amo!

Ant. Tu amo no, Luisa. ¡Tu esclavo! (La acerca del todo y la besa en la boca.)

Luisa ¡Antonio! (Telón.)

FIN DEL ACTO SEGUNDO

ACTO TERCERO

Un ameno y risueño paraje en el monte de El Pardo. Decorado de rompimiento. Las susodichas encinas, el consabido arroyuelo, etcétera, etc. El pintor tiene la palabra. Alfombra de césped.

ESCENA PRIMERA

ANTONIO, MACEDONIO y HERIBERTO, sentados sobre una manta extendida en el suelo, juegan al tute. Heriberto está frente al público. A la derecha Macedonio y a la izquierda Antonio. Este grupo está colocado en el lado izquierdo del escenario. En el derecho, GABRIELA y JACINTO, valiéndose de dos árboles, una cuerda y un capazo, han montado un columpio, donde se mece Gabriela al suave impulso de Jacinto. Al lado de Macedonio hay un frasce de vino y vasos.

Mac. ¿Quién da?

Ant. El señor Heriberto.

Her. Venga. (Recoge las cartas y las baraja.)

Gab. Oye, tú; más despacio, que le voy a dar un puntapié a una nube.

Jac. ¡Hay que ver! ¡Apenas tiés miedo!

Gab. ¿Pero te piensas que he nacío para aviadora?

Jac. ¡Ya se ve que no! Oye, Gabriela, ¿las medias que llevas son de seda?

Gab. No, hijo, son de muselina.

Jac. Comprendido. Entonces la seda es lo de debajo de las medias.

Gab. Eso pué ser.

Mac. Bueno; pero si tú no me das palabra de honor de que es verdad, no lo creo. Se me

hace muy fuerte eso de que llueva tóos los días. ¿No le parece a usted, señor Heriberto?

Her. ¡Qué sé yo! Pero cuando este lo dice...

Ant. Lo digo porque lo he visto, señor. En el Ecuador y en Venezuela y en Colombia y en otros países, hay muchas zonas donde llueve tóos los días. ¡Y si vieran ustés qué aguaceros! Cada gota como una oreja de usted, señor Macedonio.

Mac. ¿Como cuál? Porque tengo una más grande que otra.

Ant. Como la más grande.

Jac. Oye, Gabriela, ¿las liguitas son azules?

Gab. Son narices.

Jac. (Lo que es como pueda...)

Mac. ¿Pero de dónde saldrá tanta agua?

Ant. Si tóos bebiéramos la que nos corresponde, no llovería tanto, señor Macedonio.

Her. Como que la que llueve es la que sobra.

Mac. ¿Vosotros creeis eso? ¡Paparruchas! Pero, vamos, si eso fuá verdá, antes de beber yo una gota prefiero el diluvio.

Ant. Piense usted que un diluvio nos haría morir ahogaos.

Mac. Tiés razón. ¡Ahogaos en agua! Eso debe ser horrible. No, no me hace tampoco el diluvio.

Her. Corta, muchacho.

(Antonio corta la baraja y Heriberto reparte las cartas.)

Mac. Y es lo que yo digo: ¿Pa qué querrá el mundo tanta agua? Las fuentes, agua; los arroyos, agua; los ríos, agua, la mar... la mar de agua. Pero, señor, ¿qué trabajo le costaba al que hizo tóo eso intercalar una miaja de morapio? Las fuentes y los arroyos y los ríos, pase; pero la mar, ¡hombre, eso es un abuso!; la mar debía ser, por lo menos, de Jerez seco, ¿no sus parece?

Ant. A mí me gusta más el Oporto.

Her. ¡Goloso!

Mac. Eso es un vino de confitería, especial *pour dames*. No me hace.

Her. Copas son triunfo.

Mac. Hombre, me alegro. Es mi palo.

Her. La verdad es que si el Manzanares fuera Rioja...

Mac. ¿Se quié usted callar? Si fuera Rioja, ahora

mismo me hacía una choza en la Puerta de Hierro y allí no había más alcalde de barrio que este presbítero. Ahí va un bastito.

Gab. ¡Que no des tan fuerte, ea! ¡Mira que no me mezo!

Jac. Bueno; pero dime si son azules, rosa, grana, lila, crema, chocolate, etc. etc.

Gab. Son café.

Jac. ¿Solo?

Gab. Con media.

Jac. Con media calada será.

Gab. Enseguidita te voy a decir de qué color son. Apenas eres tú ilusionista.

(Jacinto sigue meciéndola mientras se le van los ojos tras los bajos de la muchacha.)

Ant. ¡Veinte en espás!

Mac. ¡Veinte en espás! Pero señor Heriberto, usted es un boceras. Usted no sabe lo que es el tute.

Her. ¿Yo?

Mac. Sí, señor. Si estuviá yo en ese sitio, enseguidita canta este las veinte en espás. ¡Como no hubiá cantao el Miserere! Y eso que tiene usted el siete. ¿Sabe usted lo que se hace cuando se tiene un siete?

Her. ¡Zurcirlo!

Mac. Echarlo, hombre, echarlo pa que no se cante. Y si usted echa el siete, yo echo la sota y este tié que echar el rey y se queda afónico.

Ant. Bueno, hombre; apoquinen y sigan.

Mac. Es que me molesta más una mala jugá que la filoxera.

Ant. ¡Otra espá!

Jac. (En una explosión de loca alegría.) ¡Verdes! ¡Verdes! Ahora sí que sí. ¡Verdes!

Her. ¿Qué te pasa, muchacho?

Mac. ¿Qué es eso de verdes?

Jac. Na. Las hojas de las encinas que entoavía están verdes.

Ant. ¿Y te fijas ahora?

Jac. No me he podido fijar antes.

Mac. Valiente tontería. Sigamos.

Jac. Verdes, Gabriela, verdes. ¡Me siento burro!

Gab. (Salta del columpio.) ¡Eres un sinvergüenza! ¡No me mezo más! Yo creía que eras un caballero, un hombre de honor, incapaz de aprovecharte de los descuidos.

Jac. ¿Pero es que tú te crees que esas cosas que he visto no les gusta a los hombres de honor? Pero muchacha, ¡si tiés unas pantorrillas que, vamos, se pone a mecerte un caballero del Santo Sepulcro, u de la Orden de Montesa, y se muda a las Vistillas como un servidor.

Gab. Pues dende hoy vas a mecer a la Cibeles.

Jac. Pues no te sulfuras poco pronto. Mira, ahora me mezo yo, y aunque me veas lo que me veas no me enfado. (Se sienta en el columpio y se mece.)

Mac. ¡Las cuarenta!

Ant. Esas no las podía tener nadie más que usted.

Her. ¡Claro! ¡Va a copas!

Mac. Cuando va a ese palo me sobran triunfos.

Ant. Como que siempre tié usted dos copas de más.

Mac. ¡Ele! ¡Arrastro! Y toas mías.

Her. Es usted un ansioso.

Gab. Oye, Jacinto, ¿quiés que vayamos a coger bellotas?

Jac. ¡Ya está! (Salta del columpio.)

Gab. Coge ese mantón. Las echaremos ahí. (Jacinto coge un mantón de lana que habrá colgado en un árbol.) ¡En marcha!

Her. ¿Ande váis?

Jac. A coger bellotas pa osequiar a ustés. (Mutis los dos por la derecha.)

ESCENA II

ANTONIO, MACEDONIO y HERIBERTO

Mac. Bueno, y a tóo esto, sepamos. ¿Cuántos años cumple usted hoy, señor Heriberto?

Her. No es usted curioso ni ná, señor Macedonio. ¿No tié usted bastante con el convite? Llega el día de mis cumpleaños, le traigo a usted a mi casita de El Pardo pa que se solace y entoavía quié usted saber los años que tengo...

Mac. En primer lugar, que quien nos ha traído a tóos es este en su automóvil.

Her. Pero el anfitrión soy yo, señor Macedonio.

Mac. Y además, que quiero calcular las veces que voy a venir aún.

Her. Pues hoy tengo siete años menos que usted.

Mac. ¿Cómo? ¡Siete años menos que yo! ¿Pero es que cumple usted veintitrés?

Her. ¡Los mismos!

Mac. ¡Pero si usted es de la quinta de Rodríguez San Pedro!

Her. ¡Miá quien habla! ¿Pero usted no fué uno de los que despidieron a Colón?

Ant. Bueno, señores. Que pa mí que no se llevan ustés ni dos meses.

Mac. Conformes. Pero los dos meses me los lleva él.

ESCENA III

DICHOS y LUISA por la izquierda

Luisa ¡Ya se puen ustés ir prepando!

Ant. ¿Está la merienda?

Luisa Le falta bien poco.

Mac. ¿Los caracolitos?...

Luisa Picantes.

Mac. Muy bien. Así llaman al vino.

Luisa Y si es usted quien los come, le llaman a voces.

Her. ¡Ele!

Luisa ¿Dónde quien ustés merendar?

Her. En la casa. Estamos allí más cómodos.

Luisa Pues voy a ponerles la mesa.

Ant. Danos una voz desde allí cuando esté listo. (Mutis Luisa izquierda.)

ESCENA IV

DICHOS menos LUISA

Her. ¡Vaya una alhaja de chica!

Mac. Eso vale más que un barril de Burdeos. Y tú tan boceras y tan panoli que te has pasao cuatro años buscando por toas partes lo que tenías en casa.

Ant. Tié usted razón. Menos mal que al fin se me ha caído la venda de los ojos y he visto claro.

Mac. De los arrepentíos es el reino de los cielos.

Her. Y nunca es tarde si la dicha es buena.

Ant. Pa mí que sí que es tarde.

Mac. ¿Por qué dices eso?

Ant. Porque me paece a mí que esto ya no tié remedio, señor Macedonio. Se me antoja a mí que nuestra felicidá se hubiá arreglao prontamente con sólo que yo hubiá acudío a tiempo con el remedio, pero que ahora está herida en lo más hondo y no hay quien la cure. Ustés han visto lo que yo he hecho. Al comprender de una vez tóo lo buena y tóo lo honrá que es esa mujer; al tener yo por fin entendimiento pa medir su sacrificio, de pronto, como si hubiá nacío en aquel momento, empecé a ser otro hombre. Volví al trabajo y el trabajo me salvó. Yo no sé por qué será, pero el trabajo nos hace buenos. En cuanto que me acostumbré otra vez a él, fuí siendo cada día un poquitito mejor en tóos sentidos: un poquito menos vago, un poquito menos vicioso, un poquito menos aficionao al jolgorio y al bullicio. Y cuanto mejor era, más amante de ella era también y más me pesaba su sacrificio y más me remordía la conciencia por lo que con ella había hecho. Una noche, al volver del garage, la vi, como tóas las noches, como siempre, trabajando. Y me dolió esto en el alma como una acusación y como una vergüenza; acusación, porque así llevaba ella cuatro años por culpa mía; vergüenza, porque me pareció que el trabajo de ella era algo así como si yo no fuese bastante hombre para sostenerla. Y no trabajó más; se lo supliqué primero y se lo prohibí después.

Mac. ¡Bien hecho!

Her. Era tu deber y náa más.

Ant. Verdá, señor Heriberto. No más que mi deber es lo que yo hago hoy por ella, mientras que ella llegó por mí mucho más allá de su deber. ¡Pa que vean ustés si entoavía le debo poco! Y al principio hice yo tóo lo que hice por eso, por deber naa más; porque era buena y yo debía pagarla en la misma moneda. No la quería; ¿pa qué voy a mentir? Aquella ilusión y aquel querer que me empujaron a la vicaría, Dios sabe ande habían ido a parar. Pero, momento que yo me iba ha-

ciendo un poco mejor, momento que me iba aficionando más a ella; y así la he ido volviendo a ver como la veía antes cuando nos queríamos los dos; y así la he ido queriendo cada día más, cada vez más, como si aquella ilusión y aquel querer que, ¡Dios sabe ande habían ido a parar! de la mano del mismo Dios hubián llegao otra vez hasta mi alma.

Mac. ¡Bravo! El día que te convenciste de eso te debías haber pagao unos chatitos.

Her. ¿Y entoavía estáis separaos?

Ant. Sí, señor Heriberto. Separaos estuvimos cuando yo llegué porque ella no quería ná conmigo; separaos hoy porque yo no quiero que me pague así lo que por ella hago y lo que soy capaz de hacer. Venir a mí como quien cumple una obligación, no. Cuando nos casamos ella vino a mí, no por deber, sino por ilusión, por cariño. Igual que entonces tié que ser, y si no es así, separaos estaremos tóa la vida. Esto último es lo que creo.

Mac. ¡Fábulas!

Ant. ¿Cómo?

Mac. ¡Fábulas tóo eso, sí, señor! ¿Pues qué? ¿Me vas a convencer a mí de que no pué resucitar el querer de ella? ¿Pero qué es el cariño, vamos a ver? Se la muere a una mujer el marido y pesca otro y le quiere como al primero o más, y se muere el segundo y pesca otro y le quiere como al segundo y como al primero, o más; y si muriese el tercero y resucitara el primero, pues estoy seguro de que le volvía a querer como al segundo y como al tercero o más.

Her. Y pregunto yo: entre el primero, el segundo y el tercero, ¿cuál es el principal?

Mac. El entresuelo.

Her. Sin chuflas, señor Macedonio.

Mac. La verdá ná más. Tóo eso de que una mujer se enamora de un hombre y que si no es ese, hermana de la Caridá, *necuacuam*. Tóo eso de que un hombre se fija en una dama y que si no es esa carmelita descalzo, *necuacuam* también. ¡Una fábula! *Eloísa y Abelardo*, una fábula.

Her. Una novela. Bueno, después de tó eso, lo único importante es que la Luisa pué vol-

ver a querer a éste como le quería antes, porque al fin y a la postre las mujeres son casi siempre lo que los hombres quieren que sean. Buenas o malas, amantes o desdeñosas.

Ant. ¡Verdá! Toos hemos visto muchos casos de mujeres malas que se hicieron buenas por obra de un hombre, por su querer, su consejo, su ayuda. Y de mujeres buenas que se perdieron y que fueron malas por culpa también de un hombre, de su traición, de su abandono. ¿Que quié decir esto? Pues esto quié decir una cosa que yo oí una vez en el teatro y se me quedó grabá pa siempre: que las mujeres son figuritas de cera, lindas y frágiles figuritas de cera que los hombres deben tratar con cariño y dulzura pa que no se deformen ni se rompan. Figuras de cera que nuestras manos puén modelar a su gusto. Si las manos son hábiles y buenas y dulces, la más fea muñeca pué resultar una obra de arte; pero si las manos son torpes y rudas y groseras, la muñeca más divina se cambia en una cosa sin orden ni concierto, en un triste puñao de cera donde tóos los torpes puén marcar sus manazas y donde tóos los malos puén dejar la mancha de sus deos. Ni más ni menos.

Mac. ¡Remolacha! Eso me paece a mí que lo ha dicho un tal *don Saquespeare.*

ESCENA V

DICHOS y LUISA por la izquierda

Luisa ¡Ya está listo eso! ¡Vaya unos caracoles! ¡Se van ustés a chupar los dedos!

Mac. No digo que no, porque semos tóos de confianza.

Luisa ¿Pues y las chuletas? Están diciendo comerme.

Her. Pues no lo van a poder decir mucho tiempo. Vamos allá.

Mac. Vamos.

(Mutis Macedonio, Heriberto y Antonio por la izquierda.)

ESCENA VI

LUISA

Luisa queda sola un momento. Pausadamente se acerca al columpio y se sienta en él. Silenciosa pone sus ojos en la lejanía. Se oye el ruido de un tren que pasa y el silbido bronco de la locomotora. Luisa se incorpora y sigue con la vista el tren que huye. Hay en la actitud y en los ojos de Luisa un afán de huir también, de desprenderse hasta de sí misma. Se amortigua el ruido que ya no es más que un rumor, que ya no existe. Luisa deja escapar un suspiro que, más se ve que se oye, y se sienta otra vez con un gran desaliento en el columpio

ESCENA VII

LUISA y ANTONIO

Antonio entra. Luisa está de espaldas a él y no lo ve. Antonio se acerca a ella y la dice al oído

Ant. ¡Joven!

Luisa ¡Ay!

Ant. ¿Qué tienes?

Luisa ¡Ay! Que me has asustado.

Ant. ¿Tan distraída estabas?

Luisa La sorpresa. Creía estar sola...

Ant. ¿Sola... del todo?

Luisa ¡Del todo! ¿No lo ves?

Ant. Ya lo veo. Pero también sé lo mucho que acompaña el pensamiento.

(Luisa separa sus ojos de Antonio y tiene un gesto de amargura. Pausa breve.)

Luisa ¿No has querido merendar?

Ant. Pensé que era mejor estar aquí. Y al volver vi sentada en el columpio una mujer muy guapa y me acerqué pa decirla: ¡Joven! ¿Quié usted que la meza un poco?

Luisa Se agradece, pero me mareo.

Ant. También me marea usted a mí y no me quejo.

Luisa ¿Ah, sí?

Ant. Y además, que si la marea ese chisme la puedo mecer a usted en mis brazos.

Luisa ¿Ha sido usted niñera?

Ant. No, pero la he tenido y se me ha pegao.

Luisa No te quedas tú sin contestación, no. Ya se ve que tienes costumbre. ¡Las veces que habrás ofrecido tus servicios de niñera!

Ant. ¡Qué tonta eres! Pero yo me acuerdo que no te mareabas antes. Te he mecido en la pradera muchas veces.

Luisa ¿Y te acuerdas?

Ant. Mucho que me acuerdo. Cómo nos queríamos entonces, ¿verdad? ¿Te acuerdas tú cuando volvíamos de la Moncloa, muy juntos, comiéndonos con los ojos y te decía yo...

Luisa No. No me acuerdo. Está muy lejos tóo eso.

Ant. Sí. Tiés razón. Muy lejos, en el calendario y en el alma.

(Pausa. Se oye los cascabeles y campanillas de unos cuantos de esos regocijados coches típicos de las bodas madrileñas. Entre los cascabeles se oyen risas de mujer, también cascabeleras, y voces de hombres Se escuchan gritos de ¡Viva la novia! ¡Viva la madrina!, etc. Los del primer coche van gritando; los del segundo vienen cantando a coro un couplet popular cualquiera. Se pierden las voces y las campanillas poco a poco.)

Ant. Cuando nos casamos nosotros vinimos al Pardo, como esos. ¡También esto está muy lejos! ¡Muy lejos para tí!

Luisa Y para tí.

Ant. No. Para mí está cerca, porque te quiero, y el querer agranda los recuerdos.

Luisa ¿Que tú me quieres? No. Tú no sabes querer. Tu cariño es cariño egoísta, que no comprende el dolor ni el sacrificio. El querer lo entiendo yo de otra manera, a mi modo. El querer es... no sé como explicarlo... ratos de placer y de alegría, horas de angustia y de dolor, risas y llantos; pero todo tan confuso y tan revuelto que acaba uno por no saber cuándo ríe y cuándo llora; ni si cuando llora, llora de angustia o de alegría; ni si cuando ríe, ríe de placer o de dolor. Se quiere, y entonces se desea la vida cerca del que se quiere, aunque se sufra, aunque se haga sufrir; aunque se muera o aunque se mate; vivir la misma vida, así sea la vida de la gloria o la vida del infierno.

Ant. Yo viviría siempre tu vida de gloria o de infierno; con risas, con lágrimas, con dolores y con placeres; pero es cuando los dos

nos quisiéramos hasta la salvación o hasta la condenación. Pero como no es así, yo quiero facilitarte el porvenir. Tú quieres a otro.

Luisa ¡No!

Ant. Déjame hablar. Si no te culpo, mujer. Mira, Golondrina. Yo puedo irme lejos. A nadie le ha de extrañar esto porque ya lo hice otra vez. Tú, entonces, sigues tu vida como se te antoje.

Luisa Haré lo mismo que hice entonces.

Ant. Hay otra solución. En América, en Africa, en la India, en cualquiera de esos países medio despoblados, un hombre se pierde con facilidad. Aunque viva no es difícil demostrar oficialmente que ha muerto. Para todo el mundo yo puedo morir.

Luisa ¿Y qué?

Ant. Que ya eres libre.

Luisa Estás loco, Antonio. ¿Qué me importa a mí que los demás me crean libre si yo sé que no lo soy?

Ant. Mira, Golondrina; por mí y por mi nombre tú has llegado al sacrificio. Pues bien; por ti y por tu dicha al sacrificio quiero llegar yo.

Luisa ¿Sacrificio de qué?

Ant. De lo que sea preciso. Tú eres muy buena y has logrado que yo vuelva a ser un poco bueno.

Luisa Muy bueno.

Ant. Conforme. Muy bueno. Pero esto es todo entre nosotros; bondad. Y la bondad no es cariño. No te quedes aquí por bondad; vete por cariño donde el cariño te lleve.

Luisa ¿Qué dices?

Ant. (Saca de un bolsillo una carta.) Mira. Una carta. Es de él.

Luisa ¿De él?

Ant. Y es para ti. Tres días llevo luchando entre el deseo de abrirla... y el de romperla. . y el de dártela.

Luisa Abrela.

Ant. ¡No tengo derecho!

Luisa ¡Dámela!

Ant. ¡No debo!

Luisa ¡Rómpela!

Ant. (Estruja la carta para romperla, pero se detiene.) ¡Tampoco! Ya te he dicho que estoy dis-

puesto al sacrificio. Entre esta carta que trae el grito de su corazón y el tuyo que lo espera, me interpongo yo. Y aquí del sacrificio. Yo te prometo que tendrás la carta.

Luisa ¿Qué quieres decir, Antonio?

Ant. ¡Calla!

ESCENA VIII

DICHOS y MACEDONIO, por la izquierda

Mac. Las casitas que los caracoles llevan a cuestas hemos tenido que apuntalarlas de viejas que se han puesto esperándoos, y Heriberto dice que ha cumplido un año más.

Ant. Tié usté razón, señor Macedonio.

Mac. Ora bien; si la espera ha sío a consecuencia de que estábais flirteando, sus la perdonamos sin parar mientes en si fué sombrero, boina o gorrito lo que nos osequiasteis; pero si fué que os peleábais, entonces sus exigimos una reparación.

Ant. Flirteábamos, señor Macedonio.

Mac. Pues entonces a merendar y que no se agravie el feo que les habéis hecho a los susodichos caracoles. ¡Pobres cornúpetos! Antes estaban picantes, pero con el feo se han picao mucho más.

Ant. Vayan ustés. Yo voy mientras a preparar el auto y vengo en seguida.

Luisa En cuanto acabemos de merendar a Madrid.

Mac. Pues date prisa. Vamos nosotros, muchacha.

(Mutis Luisa y Macedonio por la izquierda y Antonio por la derecha.)

ESCENA IX

GABRIELA y JACINTO por la derecha

Jacinto trae acuestas el mantón con el cual, atando las puntas, han hecho una especie de saco que han llenado de bellotas

Gab. Vamos, hombre, aligera el paso.

Jac. No doy ni uno más. Tú me has tomao sin duda por una caballería.

Gab. ¿No me has dicho antes que te sentías burro?

Jac ¡Y lo digo! No tié ná que ver una cosa con la otra. Y en fin; que quiero hablar contigo de una vez y en serio.

Gab. ¿En serio? Ya estoy más seria que el Viernes Santo. Venga de ahí.

Jac. Pues verás. Lo que tengo que decirte es corto... sí, es corto... Tú ya sabes que yo... No, no es eso... Tú ya sabes que tú... Tampoco es esto... Tú ya sabes que tú y yo... ¡Caray, me he hecho un taco!

Gab. ¡Hay que ver! Con lo desahogao que eres y en cuanto hablas en serio te cortas.

Jac. Espera, mujer, no seas súbita. Es que me atolondras. Tú te acordarás de que hace dos años empezamos a jugar a novios. Bueno, pue... pues...

Gab. Revienta de una vez.

Jac. No puedo.

Gab. ¡Pues así revientes! ¡Uy, qué asquito! Esto me pone nerviosa, nerviosa, nerviosa. (Se pasea agitadamente por la escena; de pronto se detiene y se encara con él.) Pero vamos a ver, pelmazo. ¿Tanto valor necesitas pa decirme que me quieres con toa el alma?

Jac. No es eso.

Gab. ¿Cómo que no es eso? ¿No me quieres?

Jac. Sí, mucho, pero...

Gab. Calla, que si te dejo hablar, esta noche velamos. Te voy a decir tóo lo que tú tenías que decirme.

Jac. A ver.

Gab. Mira, Gabriela.

Jac. Justo, eso mismo. Mira, Gabriela. ¡Qué lista es esta muchacha!

Gab. Hace dos años que somos novios de broma, pero yo me he acostumbrado tanto, que quió que lo seamos de veras.

Jac. ¡Por ahí, por ahí!

Gab. Yo, aunque bromista, soy un buen muchacho. He pensao en sentar la cabeza. Mi padre tié bastantes beatas, lo cual quié decir que es lo mismo que si las tuviá yo.

Jac. Lo mismo.

Gab. Total, que como soy un buen sujeto creo que me merezco una mujer, y como cuento con las beatas, me paece a mí que puedo llevarla a la iglesia. Resumen: que tú, Gabriela, eres tan bonita que atontas, y que yo

quiero que mi querer y mi dinero sea pa ti. He dicho.

Jac. Muy bien. Too eso es lo que yo iba a decir.

Gab. ¿Que lo ibas a decir tú? Vamos, Jacinto, que si no te lo digo yo estamos aquí hasta el Corpus.

Jac. Y más todavía iba a decir. Que tú tienes diez y ocho años y yo diez y nueve, por lo tanto, ya no debemos jugar a los novios. Tenemos edad bastante pa jugar a papás y mamás. ¿Ves? Yo no tengo miedo ya. ¿A que te digo yo a ti lo que tú me vas a contestar?

Gab. ¿A que no?

Jac. Vas a ver. Mira, Jacinto; ya sé que eres un buen muchacho y que me quieres de veras. Gracias por too eso que me has dicho de que soy muy bonita. No tanto, hijo; bonita, bonita, lo que se dice bonita, no lo soy. Pasadera na más.

Gab. No, no, no, no... No es eso. ¿Pasadera yo? ¡Vamos, hombre! Tú no estás bueno de la cabeza.

Jac. Espera, verás... ¿Dónde estaba?... Ah, sí... Pasadera, pasadera na más...

Gab. ¡Y dale!

Jac. Pero paso por donde pasan las bonitas.

Gab. Porque lo soy.

Jac. Eso lo diré yo Porque lo eres, Gabriela, y mucho. Bonita y castiza... y graciosa... y sandunguera...

Gab. ¡Ele! ¡Así se habla!

Jac. Y ahora tú. Gracias otra vez, Jacinto. Bueno y respective a lo demás que me has manifestao debo contestarte que sí; que acepto tu querer y la buena conduta y las beatas, y que desde ahora mismo semos novios.

Gab. ¡Eh! Alto, alto, alto. Frena un poco, hijo, que vas a descarrilar. A ver si te crees tú que yo soy como esas que se pasan los años perdiendo el tiempo con los novios. No, no, no. De ninguna manera. Tú me conoces a fondo y tu padre también, ¿verdá?

Jac. Verdá.

Gab. Nosotros también te conocemos a fondo. Por lo tanto, no necesitamos estudiarnos. Esto como si no lo hubiésemos tratao. Tú te acercas a mí otra vez, dentro de ocho

días, o de un mes, o de un año, cuando quieras, que yo no tengo prisa. Pero cuando vuelvas, traes una carpeta y en ella lo siguiente: Partida de bautismo, fe de soltería, consentimiento de tu padre, contrato de un cuarto en Chamberí—porque yo soy chamberilera, ¿sabes?—y quiero vivir en Chamberí. Un cuartito modesto que ya lo arreglaremos nosotros.

Jac. ¡Ya lo creo que lo arreglaremos!

Gab. Una mesa pequeñita; una cómoda, pequeñita también, pero muy linda.

Jac. Un espejo pa que te diga lo guapa que eres.

Gab Una cama, también muy linda.

Jac. Y muy pequeñita también.

Gab. No, hijo; grande, grande. ¡Y una mesita de noche!

Jac. ¡Y seis sillas!

Gab. ¡Y un sofá!

Jac. ¡Y dos cunas!

Gab. ¡Dos! Frena, frena, hijo, que vuelves a descarrilar.

Jac. Bueno, pues una, pero de ahí no rebajo na.

Gab. Y macetas con geráneos pa las ventanas. Y dos canarios que nos regalará el señor Macedonio.

Jac. ¡Y un ruiseñor!

Gab. Conque ya lo sabes. Vuelves dentro de un año o de un mes.

Jac. O de ocho días, sí. Y con una carpeta. ¿Me querrás entonces?

Gab. ¡Con toa mi alma!

Jac. ¿Y serás pa mí?

Gab. Pa toa la vía.

Jac. Pues entonces vuelvo. Ya lo creo que vuelvo. ¿Qué es hoy?

Gab. ¡Domingo!

Jac. El lunes te busco. ¡Ah! Te advierto una cosa. Lo de la partida de bautismo.

Gab. Fe de soltería.

Jac. Sí, mujer, ya lo sé. Consentimiento de mi padre, etcétera. Tóo eso está muy bien; pero lo del cuartito...

Gab. ¿Qué pasa con el cuartito?

Jac. Que como nos esperemos a encontrar un cuarto desalquilao, cuando nos casemos nos dan cencerrada.

Gab. Pues entonces...

Jac. En el estanco.

Gab. Pues en el estanco.

Jac. ¡Olé, so fea! Te quiero, te quiero, te quiero y te quiero.

Gab. Te adoro, te adoro, te adoro y te adoro.

Jac. (Abrazándola.) Toma, toma, toma... (Le larga un beso por sorpresa.)

Gab. ¡Y toma! (Le da una bofetada.)

Patro ¿Qué es esto?

Jac. ¡Atiza! ¡La catástrofe!

Gab. ¡Mi madre! ¡El diluvio! (Gabriela y Jacinto salen corriendo cada uno por un lado. La señá Patro se queda como quien ve visiones)

ESCENA X

SEÑÁ PATRO, LUISA, MACEDONIO, HERIBERTO, GABRIELA, JACINTO

Patro (Dando voces a Gabriela y Jacinto.) ¡Eh! ¡Jovencitos! No se escapen, no; venga aquí. (Volviéndose hacia los otros personajes que han ido entrando tras ella.) ¿Pero han visto ustés?

Mac. ¿El qué?

Her. No hemos vislumbrao ná. (A Gabriela y Jacinto.) ¡Que vengáis, sus digo! (A los otros.) Pues yo que venía delante si lo he visto.

Luisa Pero, ¿qué es ello, madre?

Patro Ahora lo sabrán ustés. (Por la derecha, altamente compungidos, comparecen Gabriela y Jacinto.) Venga usted aquí, desvergonzá. Y usted también, so Tenorio. Ahí los tié usted, señor Macedonio.

Mac. Ya los veo.

Patro ¡Abrazaos los he sorprendido!

Mac.
Her. } ¿Cómo?

(Gabriela prorrumpe en cómico y ruidoso llanto.)

Gab. Verá usted, señor Macedonio... Es que...

Her. Venga usted aquí, so fresco.

Jac. Padre, si es que...

Gab. ¡Si es que semos novios!

Patro ¡Sinvergüenza!

Mac. ¡Alto ahí, señá Patro! Si son novios no han hecho más que cumplir con su deber. Novios que se hallan juntos en el Pardo, Retiro, Cantarranas, Casa de Campo, Mon-

cloa y demás parajes similares y no se estrechan las manos, apechugan los bustos y cambian un ósculo, son unos pasmarotes. Yo os absuelvo, hijos míos. Ora bien; el señor Heriberto solicita ahora mismo de la señá Patro, la mano de Gabriela para Jacinto.

Jac. Con la mano no me conformo.

Mac. Lo creo; pero tú, en cuanto te den la mano, te tomas el codo y en paz.

Her. Yo, si los muchachos se quieren, conforme.

Patro Y yo también.

Jac. ¡Olé!

Gab. ¡Qué alegría! ¡Ay, Luisa, qué alegría!

Luisa ¡Dame un abrazo, Peque!

Mac. Y ahora, muchachos, que ya sois prometíos, ya lo sabéis. A recorrer toos los parques y paseos de Madrid, cogiditos del brazo; a bailar en la Bombi; a daros toos los abrazos y besos que podáis.

Patro ¡Señor Macedonio!

Mac. A aprovechar toos los descuidos de los mayores. Este es el encanto supremo de los años jóvenes en el ambiente alegre de los madriles. Ahora, que si tú eres un sinvergüenza y la dejas, ¡liquidación general de costillas! De eso me encargo yo, que no es correcto, ni es de hombres, querer de mala fe a estas lindas muchachas madrileñas tan cariñosas y pasionales.

Luisa ¡Muy bien!

Mac. ¡Ya sus podéis dar un abrazo!

Patro ¡Señor Macedonio!

Mac. ¿Por qué? ¡Si se lo van a dar en cuanto vuelva usted la cara! ¿Qué más dá? ¡Ale, muchachos!

Jac. Pero, ¿cómo va a ser el abrazo? ¿De novios recientes, de novios antiguos o de próximos casaos?

Mac. De lo que vosotros queráis.

Jac. ¡Gabriela!

Gab. ¡Jacinto! (Se acercan muy despacio y se dan un fuerte abrazo.)

Mac. ¡Eh! ¡Alto! ¡Ya basta! ¡Caray! Ese abrazo no ha sío de próximos casaos, sino de próximos padres.

Gab. ¿Y Antonio?

Luisa Ha ido a traer el auto.

Her. Ya me parece que viene.

Luisa Sí, ya viene por aquel recodo.

Her. Recoged las cosas.

Patro Ale, muchachos, que nos vamos.

(Se oye el ruido del motor del auto que se acerca. La colocación de los personajes es ésta: Gabriela y Jacinto junto al columpio, desatándolo. Luisa, a todo foro, en el lado derecho. Más al centro, Patro y Macedonio. Más a la izquierda, Heriberto, arrodillado, dobla la manta.)

Mac. ¡Hay que ver! ¡Qué buen chofer es ese chico!

(Macedonio, Luisa y Patro, lanzan un grito de espanto. Macedonio, Gabriela, Jacinto y Heriberto, salen rápidamente por la izquierda.)

Luisa ¡Antonio! ¡Antonio! (Corre nerviosa hacia la izquierda. Patro la contiene recibiéndola en sus brazos.)

Patro ¡Hija!

Luisa ¡Se ha matao, madre! ¡Se ha matao! ¡Déjame!

Patro ¡Ten calma, hija! Tal vez no ha sío ná.

Luisa No, madre. Me lo ha dicho el corazón. Se ha matao por mí.

Patro ¡Por tí!

Luisa Sí. Por mí. Pa dejarme libre. Pa que fuera feliz con otro, ya que no lo era con él.

Patro ¿Pero es capaz de hacer eso? Entonces, hija, no es tan malo.

Luisa ¡Déjeme usted, madre!

Patro Espera, hija.

Luisa ¡Antonio! ¡Antonio!

Gab. (Entrando.) No asustarse, no asustarse. Creo que no ha sío ná.

Luisa ¡Antonio!

ESCENA XI

DICHOS y ANTONIO

Cuando Luisa logra desprenderse de su madre, se oye dentro la voz de Antonio, que grita.

Ant. ¡Nada! ¡No asustarse! ¡No es nada!

(Luisa corre a la izquierda, y al ir a salir, entra Antonio, un poco pálido el rostro. En el primer término se encuentran los dos. Luisa se echa en sus brazos llorando.)

Luisa ¡Antonio! ¡Antonio!

Ant. ¡No es nada, Luisa!

Patro ¡Qué alegría!

Gab. Venga usted, madre. El auto se ha hecho cisco. (Mutis las dos,)

Ant. No te asustes. ¡Una mala virá que me ha echao contra un árbol! De milagro he librao... Se equivoca uno...

Luisa ¡Mientes, Antonio! ¡Adrede ha sío, adrede! ¡Te has querío matar!

Ant. ¡No!

Luisa ¡Sí! Me lo ha dicho mi corazón, mi instinto de mujer! ¡Te has querío matar! ¡Dímelo!

Ant. ¡Sí!

Luisa ¿Por mí?

Ant. ¡Por tu libertá! ¡Por tu felicidá!

Luisa ¡Te engañas! Mi felicidad está en nuestro querer santo, que no en balde fuí toda tuya entre alegrías y dolores. ¡Tuyos los más hondos sentires de mi alma! El sol de mi vida fuiste tú, y si lo cubrió una nube, ahora que eres bueno otra vez, otra vez luce en mi cielo el mismo sol de antes, el de siempre, el único.

Ant. ¡Luisa! Figurita de cera, que mis manos torpes estuvieron a punto de quebrar. Golondrina santa, que al frío de mi abandono, pensó en buscar las tierras cálidas; pero, que al calor de mi querer, a mis brazos vuelve.

Luisa ¡Antonio! ¡Mi Antonio!

(Entran Macedonio con un faro del auto y Jacinto con un neumático al cuello a guisa de collar. Detrás, Gabriela, la señá Patro y Heriberto.)

Her. El auto, *requiescat in pace.*

Mac. El auto es un acordeón. Esto es tóo lo que se pué aprovechar.

Ant. No, señor Macedonio. Se ha aprovechao tóo.

Mac. ¿Cómo? ¿Qué veo? ¡Abrazaos!

Jac. ¡Gabriela! ¡Que tocan a abrazar! (Pasa el neumático por la cabeza de Gabriela y quedan aprisionados por él.)

Gab. ¡Pues aprieta!

Ant. ¡Abrazaos, sí, señor Macedonio! ¡Abrazaos pa siempre!

Mac. ¡Pa siempre! Esta noche cogorza general de mis volátiles. ¡Eso! (Telón.)

FIN DE LA COMEDIA

Obras de Francisco G.ª Pacheco

Huéspedes tranquilos, sainete lírico en un acto y en prosa. (1) Estrenado en el teatro Martín.

El Tirano, zarzuela en un acto. (1) Estrenada en el teatro de la Zarzuela.

La poesía de la reja, apunte de sainete en un acto y en prosa. (1) Estrenado en el teatro Eslava.

Amores de aldea, comedia lírica en dos actos y cinco cuadros. (1) Estrenada en el teatro de la Zarzuela.

¡¡Abajo los solteros!!, fantasía cómico-lírica-gubernamental, en prosa. (1) Estrenada en el teatro de Novedades.

La Giraldina, juguete cómico-lírico en un acto y en prosa. (1) Estrenado en el teatro de Novedades.

Matrícula de honor, juguete cómico-lírico en un acto y en prosa. (2) Estrenado en el teatro de Novedades.

El coloso de Rodas, aventura cómico lírica en un acto y en prosa. (2) Estrenada en el teatro Martín.

La derrota de Aníbal, juguete cómico en un acto y en prosa. (2) Estrenado en el teatro Infanta Isabel.

El sitio de Gerona, juguete cómico en tres actos y en prosa. (3) Estrenado en el teatro Infanta Isabel.

El agua del Jordán, comedia en tres actos y en prosa. (2) Estrenada en el teatro Coliseo Imperial.

Figuritas de cera, comedia de costumbres populares en tres actos y en prosa. (2) Estrenada en el teatro Novedades de Barcelona.

---

(1) En colaboración con D. Juan G. Renovales.
(2) Idem con D. Luis Grajales Lacalle
(3) Idem con D. Luis Candela.

10859

Obras de Luis Grajales

El mejor amigo.., comedia lírica en un acto. (1)
Loca de atar, comedia en un acto.
El fin de la tiranía, drama en cuatro actos.
Mont du-midi, juguete cómico en un acto.
La cuarta plana, sainete lírico en un acto. (2)
Matrícula de honor, juguete cómico-lírico en un acto. (3)
El coloso de Rodas, aventura cómico-lírica en un acto y en prosa. (3)
La derrota de Aníbal, juguete cómico en un acto y en prosa. (3)
Lo que dicen los otros, comedia en tres actos. (3)
La conquista de Africa, comedia en tres actos. (3)
El agua del Jordán, comedia en tres actos. (3)
Figuritas de cera, comedia de costumbres populares en tres actos (3)
La piadosa mentira, comedia en tres actos. (4)

(1) En colaboración con D. Federico Trujillo.
(2) Idem con D. Enrique Bohorques.
(3) Idem con D. Francisco García Pacheco.
(4) Idem con D. Joaquín Téllez de Sotomayor.

Precio: TRES pesetas